

La Esfera

2 Junio 1917

Año IV.—Núm. 179

ILUSTRACION MUNDIAL



VALENCIA, alegoría pictórica de Antonio Fàllof

DE LA VIDA QUE PASA



Soldados franceses en una trinchera con las caretas que les preservan de los gases asfixiantes

Sobre el arte de la guerra

SERÁ verdad que la guerra es un arte y un gran arte, y que hombres como Napoleón son arquitectos de pueblos, escultores que amasan con barro humano para modelar colosales figuras que sobreviven á su época; será verdad que estos grandes capitanes, derrumbadores de tronos y trastornadores del equilibrio europeo han pintado para la eternidad, como el artista helénico, y han dejado obras imperecederas; pero el hecho es que, si la guerra es un arte, no hay arte menos comprendido por los artistas.

Me refiero á los artistas puros, enamorados de su arte, idólatras de la forma, fieles asistentes ú oficiantes al culto ritual, un poco estrechos, limitados, pero, en puridad, los verdaderos artistas, no los artistas forrados de sociólogos ó de moralistas, los que han sentido inclinación hacia las ciencias morales y políticas. En general, estos artistas exclusivistas, cuya vida está consagrada al culto de su arte, y cuyo tipo, definido y fijado, han sido, v. gr., Teófilo Gautier, Paul Louis Courier, Leconte de Lisle, Flaubert, los hermanos Goncourt, en Francia, y en España, un Zorrilla, un Juan R. Jiménez, actualmente, casi siempre han detestado la guerra. Es decir, por tener demasiado alucinado el cerebro de imaginaciones poéticas, no han concebido las imágenes guerreras. En su vigorosa fantasía las figuras bélicas se han achicado como en el objetivo de un veráscope, mientras que las figuras eróticas, sentimentales ó novelescas, han tomado proporciones de pesadilla. No se representan la guerra sino á lo sumo como un juego de intereses y de ambiciones, y no conciben que nadie la considere como un poema.

De este tipo de artistas es ejemplar selecto y acabado Paul Louis Courier, que, yendo á la campaña de Italia con el ejército napoleónico, no concebía la belleza de aquella guerra, realizada para asegurar los principios de la Revolución francesa, ni admiraba la singular magnificencia de aquel Bonaparte, elevado de *petit caporal* á primer cónsul en un momento favorable, sino

que, como un turista de las bellezas italianas, como uno de esos incurables adoradores del pasado que hoy execra Marinetti, cruzaba indiferente ante el espectáculo de la guerra, sin embriagarse de gloria y victoria, deteniéndose en medio del campo, como le dice á su amigo Chlewaski en carta íntima, para llorar por un lindo Hermes, niño vestido y encapuchonado con piel de león, del cual sólo quedaba el pedestal, sobre el cual el militar poeta escribió con evocación erudita: *Lugete, Veneres Cupidines-que...* O si se detenía otro momento y hacía un alto en su marcha con el ejército francés, era para lamentar la pérdida de un manuscrito del cardenal Bembo ó de Terencio que los soldados se llevaron por guardarse unos dorados que ilustran las páginas, ó para indignarse con sacro furor de artista ante la Venus de la Villa Borghese, que había sido herida en una mano y mutilada por algún descendiente de Diómedes, ó el Hermafrodita, *immane nefas!*, que apareció con un pie roto...

Este sentir de Paul Louis, expresado por tan elegante modo, es casi el unánime sentir de los artistas con respecto á la guerra. Hay en ellos un respeto y veneración á las cosas de arte que supera á la admiración subitánea, fulgurante y viva que pueden suscitar los grandes capitanes ó las grandes guerras. Ante la guerra de 1870, en un momento de crisis nacional tan aguda, Flaubert confesaba en cartas íntimas no sentirse más francés que algonquino, y deploraba, ante todo, como lo más inhumano, cruel y repugnante de la guerra, el estancamiento intelectual, el desdén por los goces del espíritu, la *bêtise* ambiente que sobrevivía á todas las guerras.

Los Tirteos han muerto para no volver más. Un caso como el del poeta Arndt en Alemania no se repite quizá en la historia contemporánea. Un canto accidental, como el *Canto del odio*, de Lissaner, constituirá un éxito momentáneo, pero no representa todo el espíritu de un poeta, aparte de que la poesía guerrera no es precisamente la poesía del odio ni ese género de poesía, es-

pecie de diálogo de esgrima lírica, que representen la *Canción del Rhin alemán*, de Nicolás Becker, y la réplica de Alfred de Musset.

No; han pasado las épocas épicas en que los poetas podían entonar con denuedo el *arma virumque cano*, y aquellas otras épocas en que las armas y las letras eran hermanas gemelas, y en que un Garcilaso de la Vega acababa heroicamente su vida de predilecto de los dioses, breve y poética. Hoy surgen cantos aislados, breves llamaradas épico-líricas y, aun esas, ¡cuán débiles, tenues y fugaces!... No se siente el soplo fuerte de la inspiración bélica; la trompeta épica, oxidada y herrumbrosa, no resuena ya ni hace eco en los espíritus. Se acabaron los Aquiles y los Homeros; por consiguiente, han enmudecido. El viejo Hugo aún podía cantar á su Napoleón en las estrofas alucinatorias: *Lui, toujours lui!*...; pero ¿qué poeta francés poetizará la figura paciente y burguesa de Joffre, *le ferrassier*? Quizá el general Nivelle, oscuro coronel, de guarnición en provincia hasta hace poco, elevado de súbito al alto mando, tenga algo de poetizable.

De todos modos, la poesía épica ha muerto en la edad contemporánea. Ernesto Renan echaba la culpa á la artillería; más prudente sería achacárselo al espíritu del tiempo. Hoy hay que ser un poeta aúlico, un poeta palaciego, laureado y remunerado por el rey, como Lord Alfred Tennyson, para atreverse á tomar como asunto de poema la carga de la brigada pesada en Balclava, ó dedicar epitafios al general Gordon ú odas al general Hamley. Por eso se ha observado que aún no salió de la guerra un poeta épico, un verdadero poeta que abarcase todos los aspectos de la gran guerra actual, de la cual sólo quedarán las tempranas floraciones de los muertos heroicamente *sur le champ de l'honneur*, Carlos Peguy ó Ernesto Psichari, y quizá algunos cantos breves é intensos, recién aparecidos, de Ferdinand Gregli.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

RETRATOS DE LOS REYES DE ESPAÑA



DON ALFONSO XIII



DOÑA VICTORIA EUGENIA

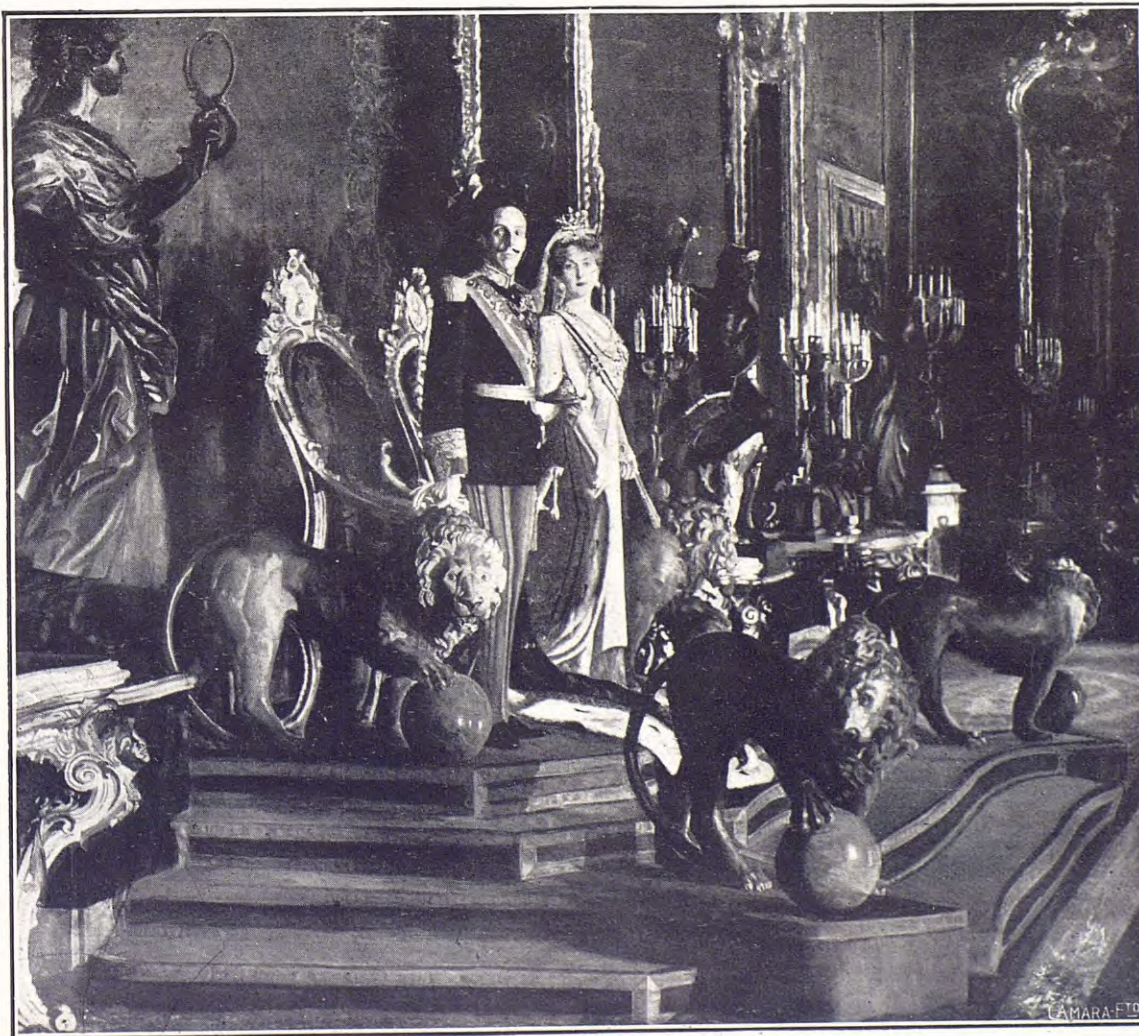
Un joven y notable pintor español, el señor Pardiñas Cabré, ha terminado, recientemente, unos retratos de Sus Majestades los Reyes de España, y que responden a un criterio sanamente realista y sincero.

Estas obras han sido adquiridas por los augustos retratados y regaladas a S. A. R. la Infanta Doña Isabel.

El hecho parece de otros siglos preteritos en que tales circunstancias eran frecuentes y en que un pintor de cámara reproducía varias veces la gallarda figura de su Rey y la hermosura de su Reina, con todos los atributos de su realeza, que habían de perpetuárseles en los tiempos futuros.

Cuadros de Museo estos donde permanece siempre propicia la sensación evocadora, la elocuencia histórica, como un documento plástico de inapreciable valor.

Pardiñas y Cabré posee condiciones de cultura estética y de experiencia técnica para ser intér-



"Don Alfonso y Doña Victoria, en el Trono"
(Cuadros de Pardiñas Cabré)

prete de las augustas personas de la Real Familia española.

Protegido de la Infanta Doña Paz, el joven y notable retratista se ha formado artísticamente en Alemania. Pero supo libertarse de los peligros que pudiera correr su arte frente a las modernísimas tendencias pictóricas imperantes en las modernas escuelas berlinesas y muniquesas.

Esclavo del natural, no solamente refleja con toda fidelidad el aspecto físico y la psicología de los altos personajes a quienes retrata, sino que procura también rodearlos del ambiente más característico. De este modo sus retratos son verdaderos cuadros, en los que la armonía de la composición, el escrupuloso cuidado del arabesco, justifica la bella frase de Camille Mauclair: «Una obra pictórica debe concebirse y desarrollarse como un poema sinfónico.»

Por haber realizado así la suya, ha obtenido tan hermoso galardón.

LA ESFERA

LA GUERRA EN EL MAR



LA PERSECUCIÓN, cuadro de R. Verdugo Landi



NIEBLAS

Días de niebla, días
que traéis al espíritu graves filosofías...

En la ciudad, las luces padecen el cruento
martirio que le impone su impotencia maldita.

De este mar ceniciento,
son ojos suspendidos en la cuenca infinita.

Son como nuestros ojos esas luces sangrientas,
que parpadean entre la duda y la ansiedad.
¡Pobres y locos místicos, cuyas almas sedientas
buscando van á ciegas, la luz de la Verdad!

Cuando el temor me inquieta, suelo mirar adonde
toca en el alto cielo la esbelta torre gótica;

ahora es un gigantesco fantasma, que se esconde,
misterioso embozado de la sombra caótica.

○

En el misterio fingen, nuestras almas cautivas,
iluminar el amplio caos que nos asombra;
¡oh, luces en la niebla; oh, lámparas votivas;
oh, faros encendidos en los mares de sombra!

De una esfera de niebla, que es turbia ó argentada,
según nuestra ventura, cada uno es el centro;
y en ella envueltos vamos, paso á paso á la Nada,
con los ojos hundidos de mirar hacia dentro.

Prisioneros en estas tinieblas pavorosas
y tercios en el dogma de nuestros misticismos,

vivimos inquiriendo la razón de las cosas
y morimos buscando luz en nosotros mismos.

○

Estos días de niebla, siento el alma aterida;
la palabra y la idea la dejaron desnuda,
y tiembla al pesimismo de estar toda la vida
vagando entre las sombras, desorientada y muda.

Ciudad envanecida: todo está en ti hoy inerte;
ni el mendigo se mueve, ni el real alcázar brilla.
Una igual sombra gris sucederá á la muerte,
como sudario frío de tanta maravilla.

PEDRO GARRIGÓS

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

RUEDA, EL PRECURSOR

DE la lejanía mexicana nos llega el eco de resonantes éxitos, de clamorosas ovaciones, de poéticas fiestas en las que las damas forman corte de un poeta español; corte un poco á la manera provenzal y un poco con el rito de convencionalismos literatescos. Es Salvador Rueda, que goza como un dios faunescos, agitando la exuberante copa del árbol de su gloria—hermoso roble ó colosal castaño ó cedro aromoso—. En el bosque umbrío de la lírica castellana, cuando se estremece el recio tronco ruedesco, cuyas raíces retoñan más ó menos disimuladamente en tantos otros árboles ó arbustos ó simples matojos, se produce una grave consternación. Las musas palidecen, las claras fuentes suspenden su cantarín gorgoteo, las aves huyen despavoridas, trocando sus dulces cantinelas en graznidos espantables; el viento cesa de rimar su murmurio de misterio en las hojas temblorosas, y los poetas, interrumpidos en sus deliquios, relativamente apacibles, se miran consternados, y tras algún que otro taco, que también Apolo se las ha, exclaman: «¡Pero este Rueda...!» Y este Rueda, combatido ayer y desdeñado hoy, es, señores vates de la moderna traza, el único de vosotros que siente la noble inquietud de zarandear el alma de la raza, aquí dormida, allí desorientada; acá caída en las abyecciones de la incultura, allá metida á barragana de yanquis y galos...

Este Rueda es, sin duda, el precursor y el renovador.

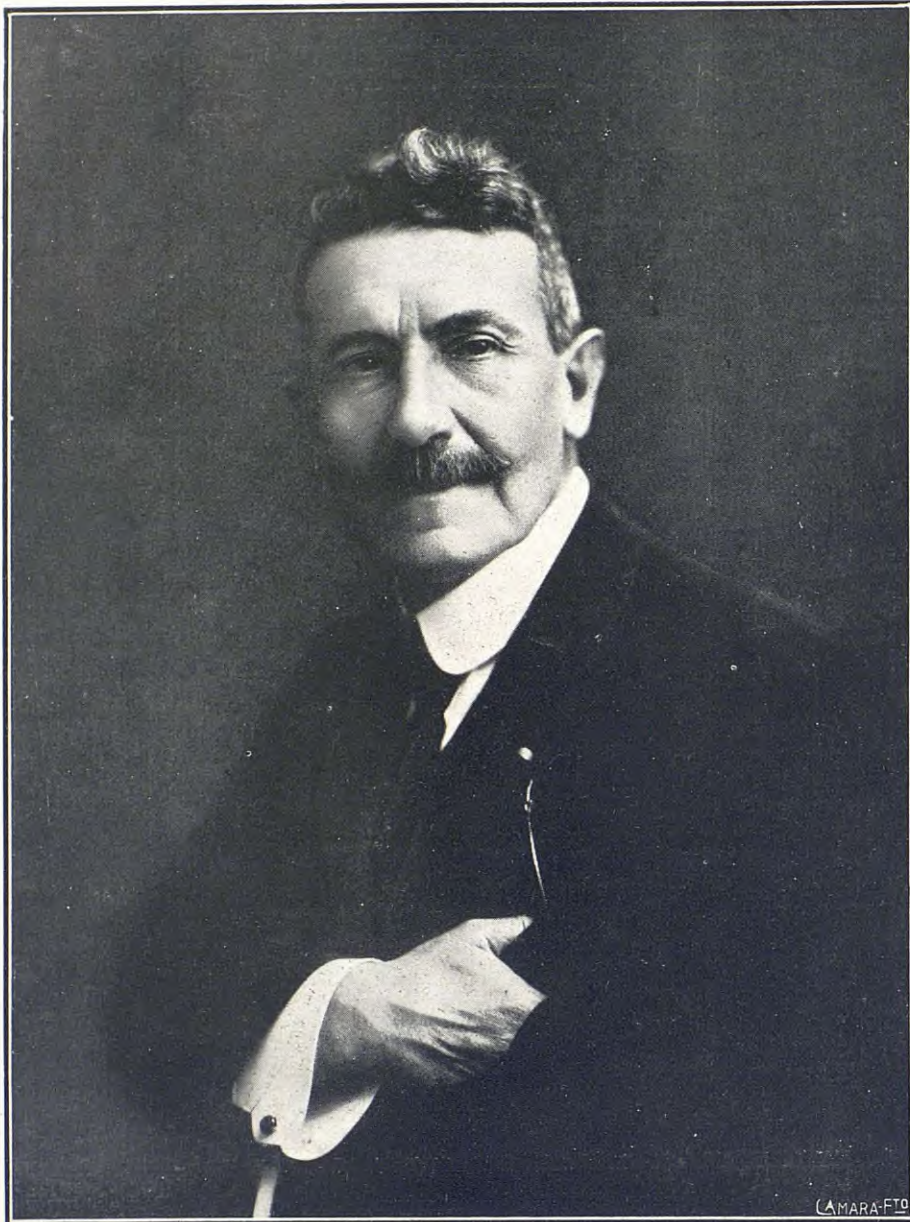
Cuando la lírica castellana no tenía más horizontes que la excesiva llaneza prosaica en que caían los parodistas de Campoamor, ó la altisonancia enfática en que se confundían los seguidores de Núñez de Arce, comenzó Salvador Rueda, desde las columnas de *El Globo*, ya bastante modestas, y desde su cuchitril de empleado

en las covachuelas del antiguo ministerio de Ultramar, á deslumbrarnos con sus rimas nuevas y sus prosas, donde, á todo meter, el supuesto sol de Andalucía, tan picajoso, más ó menos, como el de la parda Castilla, y los cielos azules y la policromía de flores y ojos y labios y mantones y albahacas nos llenaban los ojos de chiribitas.

de Sonora y la Baja California, hasta los acantilados del Estrecho de Magallanes, que ahora acaba de describir Concha Espina con prodigiosa austeridad y belleza, había una lírica americana, desorientada, desconcertada, huera, artificiosa y ridícula. Los poetas buenos de allá eran calca-dores de nuestros clásicos, y todos los demás,

Es el colorismo, se nos decía; un colorismo que perdía mucho de sus fulgores cuando se trasplantaba fuera del vergel andaluz; pero en aquella vulgaridad literaria del decenio de 1880 á 1890, aquel colorismo era la renovación. Rueda parecía tan humilde, tan poquita cosa, con sus ojos fulgurantes y su palabra cálida, en su cuchitril de burócrata, que en vano escribía y peroraba sobre la nueva Estética, sobre su Estética, que ahora resucita una revista en los Estados Unidos. Admirándole todos, porque á la fuerza ahorcan, nos resistíamos á creer que él fuese el Mesías. Y, sin embargo, niños aún, era en el cálido entusiasmo que emergía de la apasionada y fervorosa literatura de Salvador Rueda donde se forjaban los nuevos escritores. En Adolfo Reyes y en el buen Vicente Blasco Ibáñez de la primera época está clara y precisa la huella de la fecundación de Rueda; está, acaso, en la gestación inicial de los Quintero, donde críticos desapasionados de mañana depurarán una de las más admirables interpretaciones del alma española y una de las más bellas y puras fuentes de emoción literaria de esta edad.

Pero donde la semilla de la vibrante inspiración de Salvador Rueda arraiga y se convierte no en arbustos y árboles aislados, sino en verdaderos bosques, intrincados y exuberantes, y acaso intransitables, como en la dama del chascarrillo, es en la tierra americana. Desde los valles



SALVADOR RUEDA
Último retrato del insigne poeta, hecho durante su estancia en Méjico



Salvador Rueda, acompañado de algunas ilustres personalidades mejicanas, retratado al descender del automóvil que puso á su disposición el Presidente de la República, frente á la redacción de "El Pueblo"



El ministro de Instrucción pública, el director de Bellas Artes, de Méjico, y otros altos personajes conversando con Salvador Rueda en el hotel donde oficialmente fué alojado por orden del Presidente de la República



Salvador Rueda, durante su estancia en Méjico, contemplando una escultura del Museo Nacional



Salvador Rueda, en el Museo Nacional, ante la piedra de los sacrificios, de la época azteca

abundantes como las arenas del mar, eran desatadamente malos. Salvador Rueda fué para ellos como la estrella maga. Más que el poeta andaluz, pareció su estro, mexicano á los mexicanos, chileno á los chilenos, argentino á los argentinos, criollo á los cubanos, y así colombiano y nicaragüense y hondureño y boliviano y paraguayo.

Como antaño ante la musa pródiga y loca de Zorrilla, sentía ahora América que tenía poeta. Claro es que en la escala innúmera de los imitadores y los parodistas, aquellos sapos músicos que en la poesía de Rueda vienen cantando, se convertían en caimanes espantables ó en culebritas de cascabel que, haciendo *clú, clú* con el rabito y con los ojos llameantes, fascinaban á la gentil gacela, que eras *tú, morena mía...*; pero todo ello, con sus sinsontes ridículos, con sus poetas malos y peores y pésimos, fué una revolución poética, sin la que es difícil que hubiese surgido Rubén Darío, que si luego mira á Lutecia y á Atenas y á Roma, y busca hemistiquios en Virgilio y truculencias en Verlaine, es para que no se le



Salvador Rueda y el ministro de España en Méjico

recuerde el mucho tiempo que ha estado mirando este vulgar cuchitril del ministerio de Ultramar, donde hace sus rimas Salvador Rueda, este hombre vulgar que no se emborracha, que no tiene extravagancias, que no es bohemio, y que, á lo mejor, os confiesa que fué monaguillo y dependiente en una ferretería.

En los postreros años, cuando un alma aniñada como la de Salvador Rueda, necesita más los pobres halagos de la fama, comienza el público á olvidarle. Los nuevos vates, con sus propias fórmulas, destilan ya otras ambrosías. Añorando aquellos días en que América entera repetía los cantares sin par de Rueda, emprende estos viajes, que harán más por el hispanoamericanismo—ese ensueño definitivamente perdido para España, la torpe y la mal guiada—que todos nuestros diplomáticos. En estas aventuras, por tierras filipinas ayer y por tierras mexicanas hoy, debe acompañar á Salvador Rueda todo el cariño que le tenemos y toda la admiración que le debemos.

DIONISIO PEREZ



Salvador Rueda, al salir del Casino Español, de Méjico



Grandioso recibimiento, en la ciudad de San Luis de Potosí, á Salvador Rueda

El secreto de los hermanos Van-Eyck

CUENTO



La piedra filosofal

A fines del siglo XIV, y cerca de la ciudad de Brujas, alzabase en el campo una mansión con apariencias de fortaleza, tal como la condición de los tiempos hacía necesario en una casa que estaba fuera del recinto urbano. Dos torreones almenados servíanla de guerrera defensa, y todo su aspecto era nuncio y vocero de una calidad marcial en sus poseyentes y moradores.

Y no eran, sin embargo, gente de armas quienes habitaban el castillo. En un grande aposento que recibía la luz por una sola, pero enorme, ventana, un hombre pintaba cuidadosamente un cuadro, *Los desposorios de la Virgen*. Un arte minucioso y admirable dirigía su labor, muy bella y acabada. Con un magno amor iba poniendo la maravilla del color sobre la tabla, que entonces era preferida al lienzo por los pintores. Aquel artista, cuya mano obedecía tan diestramente á la inspiración del espíritu, se llamaba Huberto Van-Eyck.

A su lado, en otro caballete, había otro cuadro, bosquejado apenas. Hacía muchos días que la tabla de castaño, ya cuarteada por no secarse de una manera conveniente, no recibía la caricia del pincel. En un escaño que quedaba delante del cuadro abandonado, estaba también una escudilla con agua-cola, donde había residuos de clara de huevo, líquido que servía á los pintores en lugar del aceite, no comenzado á usar todavía.

Caía la noche, y Huberto, ante la falta de luz, dejó los pinceles y dió por terminado su trabajo. Cuando pasaba al lado del solitario caballete, su rostro tomó una expresión de dolor y sus labios se movieron en un amargo soliloquio.

—¡Pobre hermano mío!—se decía—. Víctima es, como tantos otros, de esa locura. Ni toca á los pinceles, ni aun siquiera entra un momento en el estudio. No sólo yo. Nuestra misma hermana Margarita, á quien tanto quería, no recibe ya sus caricias, ni siquiera el consuelo de su presencia. Metido en su laboratorio, trabaja corriendo detrás de esa quimera que ha consumido á muchos. Y habla de su descubrimiento, que debe hacernos ricos, á más de immortalizar nuestro nombre. ¡Como si la verdadera piedra filosofal no la tuviese ya encontrada en su trabajo, que es la fortuna y es la gloria!

Y así clamando, mientras bajaba una estrecha y retorcida escalera, llegó ante la puerta de una estancia soterraña, puerta que, para abrir, empujó con ruido, sin que con ello consiguiera disipar de su recogimiento á un hombre que, sentado delante de un hornillo, inclinado bajo el peso de un solo pensamiento, apoyaba en las rodillas los codos y el rostro entre las manos.

—¡Juan!—gritó Huberto—. ¡Juan, hermano mío! Tu hermana te tiene por enfermo, y tu hermano por loco. ¿No querrás hacernos ver que los dos estamos engañados?

Y, para mirar á Huberto, Juan levantó la cara, renegrida por el humo de las drogas que mixturaba en el hornillo.

—¡Silencio!—contestó—. Quiero una noche más, solamente una noche. El día de mi descubrimiento ha llegado, y mañana abrazarás con entusiasmo á quien ahora te parece un insensato. Déjame, pues. Ve en busca de mi hermana y juntos pediréis á Dios por que mi empresa triunfe.

Había tal acento de seguridad en la voz de

Juan, que Huberto sintióse vacilar en su incredulidad.

—Por esta noche, sea—contestó—. Pero por esta noche nada más. Sin embargo, júrame por tu salvación, júrame por el alma de nuestro padre, que te confió á mi cariño, que te dejó obligado á obedecerme como á él, que mañana volverás á tus pinceles. Que mañana abandonarás, por fin, ese fantasma, que en vano te arrastra detrás de él.

Contempló Juan un momento sus crisoles. Volvió á leer sus manuscritos. Y con grande seguridad afirmó:

—Lo juro, hermano, por mi alma. Lo juro, hermano, por el eterno bien de nuestro padre.

Más consolado, salió Huberto del laboratorio, subió la escalera y entró en una grande estancia cuyos muros estaban revestidos de roble, y en la que la bella Margarita, radiante en el encanto de sus diez y seis años, disponía sobre la mesa, hermosamente tallada y cubierta con el fino y blanco mantel, los manjares necesarios para una cena apetecible y sabrosa.

—Sólo dos cubiertos también hoy, hermana—dijo Huberto al entrar.

—¿Pues qué? ¿Tampoco hoy?—preguntó ella.

—Acabo de hacerle jurar que esta será la última noche que persista en su locura. Manda que le bajen alimento, aunque bien puede asegurarse que no le ha de tocar.

Huberto y Margarita pusieronse tristemente á la mesa. Cuando acabaron, que corta fué su triste cena, luego de la acción de gracias, juntáronse en sus altos sitios ante el fuego que ardía en la chimenea monumental. Callaron, pues que sólo de la desdicha de su hermano habían de

hablar. Un reloj dió las nueve, y al terminar el sonido de la última campanada, una vieja sirviente penetró en el aposento con sendos candeleros en las manos.

Esta era la señal de la oración postrera y de recogerse. Rezaron fervorosamente ante una imagen de la Virgen y muy luego retiráronse á sus estancias.

No podía Huberto conciliar el sueño, pensando, como de continuo estaba, en la pertinaz locura de su hermano; pero ya casi comenzaba á dormirse, rendido por el trabajo de la jornada, cuando penetró en la alcoba el propio Juan, que se arrojó en sus brazos.

—Ya conseguí mi sueño—clamaba lleno de alegría—. Nuestras son la fama y la fortuna.

—¿Qué dices, pobre Juan?

—No has de llamarme pobre, sino el más afortunado. No era, como tú creías, un sueño de alquimia el mío. No era la piedra filosofal lo que yo buscaba, sino un secreto de nuestro arte. Hace tiempo que los pintores de Italia buscaban el procedimiento con que abandonar el agua-cola y la clara de huevo para preparar los colores. Ahora he sido yo quien ha dado con el secreto. Lo he conquistado. Mira. Contempla esta tabla. Mira qué vigor, cuánta energía, cuánta fuerza de tonos. Mi descubrimiento está aquí. Los colores se mezclan con el aceite más fácilmente y más duraderamente que con el agua-cola y la clara de huevo. La pintura luego puede cubrirse con un barniz que se seca sin necesidad de esperar á la acción del sol ó del fuego. Después de muchas investigaciones, he encontrado la composición de este barniz, composición sencilla, pero enorme en sus resultados. Ahora ¿dirás que soy un loco?

No se cansaba Huberto de mirar y admirar la tabla que Juan le mostraba. Conoció la revolución que aquel descubrimiento de la pintura al óleo había de traer á su arte y la fama perdurable que recaería sobre el nombre de los Van-Eyck. Parecía que tardaba en llegar el nuevo día para ponerse á trabajar. Y así que hubo amanecido, comenzaron juntos ambos hermanos su admirable *San Juan Bautista*, que había de ser el asombro de la corte de Felipe el Bueno.

Y en Flandes, y en Alemania, y en Francia, y en Castilla, y en Italia, corrió la noticia del descubrimiento. Muchos pintores hicieron el viaje á los Países Bajos para comprar á peso de oro el secreto de los hermanos Van-Eyck. Pero constantemente rechazaron todas las ofertas y fueron inútiles todas las seducciones intentadas para arrancarles el misterio. Excepto Margarita, nadie, bajo ningún pretexto, era admitido, no ya en el estudio, sino ni aun en la casa. Cuando acababan un cuadro, uno de los hermanos iba á hurto de las gentes á entregarle á quien lo mandó pintar, volviendo en seguida á su vida solitaria, laboriosa y oscura.

A precio de sangre

Sufría Margarita sin enojo los rigores de aquella existencia casi monacal. Tan sólo en algunos días espléndidos salía acompañada de la anciana criada á pasear por el campo, llegando, á veces, hasta la misma ciudad, para comprar las vituallas y los enseres necesarios para la vida y para el arte de sus hermanos, á los que enteramente estaba consagrada.

Aconteció que una tarde tornaba, ya anochecido, cuando escuchó los cantares groseros de un grupo de borrachos que caminaban cerca de ella y de la vieja sirviente. Cercáronlas, diciendo grandes desvergüenzas, y aun queriendo rematar sus chanzas con un abrazo. Un joven que apareció de pronto convirtiéndose en su paladín, sacando su espada y protegiéndolas hasta la puerta de su casa. Pero, apenas entraron en ella, oyeron gritar á su protector. Subieron precipitadamente á uno de sus torreones y vieron al infeliz ensangrentado en medio del camino, mientras los malsines que le habían acometido huían por el campo, temerosos del crimen que habían cometido.

Sin pensar en las órdenes y prohibiciones de sus hermanos, corrió Margarita á socorrer á quien acaso moría por su causa, y haciéndose ayudar por la anciana, le introdujeron en la casa, presándole sus cuidados muy amorosamente y deparándole blanda cama y atención cariñosa.

Así fué que cuando Huberto y Juan supieron lo acaecido no tuvieron valor para reprender á su hermana, sino que ratificaron la hospitalidad que había sido concedida á aquel joven, y curaron su herida, que resultó poco profunda y no ofrecía ningún temor. Juan, el químico, hizo oficios de médico, y Margarita no se separaba apenas del lecho del herido.

La poca gravedad del mal disminuía de día en día, y el extranjero, cuando pudo hablar, hizo saber que se llamaba Pietro Ridolfo, que era romano y habíanle conducido á los Países Bajos asuntos comerciales. Aprestábase ya á ponerse en camino de retorno para Italia cuando fué acometido por aquellos malvados.

—Por mi culpa—decía Margarita—os halláis detenido lejos de vuestra patria.

—No—contestó él—; esto ha sido por mi fortuna. Yo no quiero volver á Italia. Pasaré aquí mi vida, junto á mi Margarita. La que salvó mi vida y me mata de amores.

—Callad, señor italiano—decía ella muy queda y dulcemente.

Pero él replicaba:

—No. Si bien sabes que te quiero: Y bien sé yo que, por mi suerte, tú me correspondest también.

Callaba Margarita, y Pietro, cogiendo su blanquísima mano, puso en ella la sortija que había de ser prenda de nupcias.

—Toma este anillo, Margarita, y reciba Dios nuestros juramentos.

Los pasos de los hermanos Van-Eyck resonaron en la escalera.

—¡Oh, que no sepan tus hermanos nuestro amor!

—¿Por qué? ¡Si son tan buenos!

—No. Que no sepan nada aún, ó nuestra dicha habrá acabado.

Todos los días prosperaba la convalecencia de Pietro. Salía de su cuarto y paseaba por el jardín apoyado en el brazo de Margarita. En vano instábase ella para que hiciese saber á sus hermanos el mutuo cariño que los enlazaba. El italiano difería siempre el momento de aquella confianza y acallaba como podía los remordimientos y los sobresaltos de su amada, so color de familiarizarse con la índole de sus presuntos cuñados y facilitarse los medios de conseguir de ellos la mano de Margarita. Y así inquiría cómo trabajaban, cuán-



do trabajaban y de qué modo preparaban su trabajo. Por fin, un día logró que ella, durante la ausencia de sus hermanos, le hiciese entrar en el estudio y en el laboratorio.

De allí á muy pocos días, cuando cierta mañana entraba Juan en el aposento del huésped, halló tan sólo á Margarita, llena de dolor, que se abalanzó á sus brazos para confiarle su amor y la traición del italiano.

Pocas preguntas bastaron para que el artista penetrase el misterio. El italiano había mentido su amor á Margarita para apoderarse del secreto que era la gloria de aquellos dos hermanos. La herida fué hecha de propósito, como único medio de introducirse en la casa, cerrada á todo el mundo. La misma querella de los forajidos había sido una farsa, y los falsos borrachos habían sido sus cómplices.

Juan corrió á buscar á Huberto.

—A caballo, hermano, á caballo! ¡Castigaremos al traidor!

Sólo dos horas les llevaba de ventaja el fugitivo. Pero alas daban á los pintores su deseo de venganza. El italiano fué alcanzado, y atravesado de dos estocadas quedó en el camino.

La justicia del conde de Flandes

Felipe el Bueno, conde de Flandes y duque de Borgoña, administraba justicia á sus vasallos todos los días, á la hora meridiana. Daba sus audiencias en una sala de su palacio, donde ricos y pobres eran admitidos sin distinción, y á todos atendía con la noble sencillez de los viejos tiempos patriarcales. Gustaba de rodearse de grande séquito, y quería que su hijo, el conde de Charolais, se hallase presente siempre para aprender virtudes justicieras. Era muy escrupuloso en sus decisiones, y no le importaba escuchar los más pesados razonamientos si en ellos podía encontrar el fundamento de la verdad. Aquel día, para mayor esplendor de su tribunal, tenía á su lado á un mozo de color amarillento, crespa la cabellera y la mirada incierta. Era su primo. Monseñor el Delfín, Luis de Francia.

Acababa el conde de Flandes de escuchar la queja de una pobre mujer cuyo huerto había sido asolado por cazadores de alto linaje, y después de una fuerte reprensión á los causantes del daño, habíales obligado á dar una importante suma á la aldeana, cuando, abriéndose calle entre la multitud que llenaba el salón, llegaron á su ducal presencia los dos hermanos Van-Eyck, ensangrentados y cada uno con su espada en la mano.

—¡Por la Santa Virgen de Brujas!—dijo el conde—. ¿Qué es esto, maestros?

—Señor—respondió Juan—. Un infame italiano, después de haberse burlado de nuestra hermana, nos robaba el secreto de nuestro arte. Huía. Pero le hemos alcanzado y le hemos dado muerte.

—¡Cómo!—gritó el conde—. ¿No hay ya justicia en nuestro condado de Flandes, que necesitan nuestros vasallos tomársela por su mano?

—Hágase vuestra voluntad, señor. ¿En qué cárcel deseáis que nos presentemos y á qué verdugo daremos nuestro cuello, después de haber vengado á nuestra hermana y haber conservado para Flandes un secreto que aumentará su fama?

El conde, entonces, volvióse hacia monseñor el Delfín de Francia, su primo Luis, y preguntóle:

—¿Qué haríais vos, mi primo, en este mi lugar?

Y le interrogaba como buscando un consejo de clemencia. Pero monseñor el Delfín contestó de este modo:

—Tocar á la justicia de un soberano es tocar á su corona.

—Pero, señor—se atrevieron á decir los culpables—; si tuviérais una hermana, si vuestro padre os la encomendase en su lecho de muerte...

Iba el príncipe á contestar, cuando el galope de un caballo cesó en el patio del palacio. A poco, un hombre, con el vestido en desorden y el aliento jadeante, entró en la sala de la audiencia y, llegando á monseñor el Delfín, que en aquel momento iba á decidir la suerte de los hermanos Van-Eyck, hizole entrega de un pliego sellado que traía. Luis lo abrió y clamó al punto:

—¡Vestidos de púrpura! Soy rey de Francia—. Muy luego contóvose y hasta fingió una lágrima. Y, dirigiéndose á su primo, dijo así:

—Monseñor: Mi padre acaba de morir. La corona de Francia es mía ya. Quiero señalar mi paso al trono con un acto de clemencia, concediendo el indulto á estos dos grandes pintores. Marchad en paz, maestros. Pero sí os mando que fundéis de vuestro propio peculio una capilla á nuestro patrón San Luis. En ella pondréis dos de vuestras mejores pinturas, que serán vuestros retratos, de rodillas, en ademán de pedir misericordia.

—La justicia está hecha—dijo Felipe el Bueno—. Ahora quiero ser yo el primero en prestar pleito homenaje en vuestras manos.

—Os le recibiremos. Pero os digo al mismo tiempo que son tantos mi afecto y mi veneración para vos, que de vuestra mano quiere Luis XI ser armado caballero el día de su consagración en Reims.

—Yo os conduciré al frente de diez mil combatientes.

—Con mil lanzas me basta, señor. Ahora nos queda llorar y orar.

—¡Lises por el Rey de Francia!—gritaba la muchedumbre en tanto.

—¡Lises por el conde de Flandes!

Y he aquí cómo, después de sellado con sangre el descubrimiento de la pintura al óleo, los hermanos Van-Eyck cumplieron religiosamente el mandato de Luis XI.

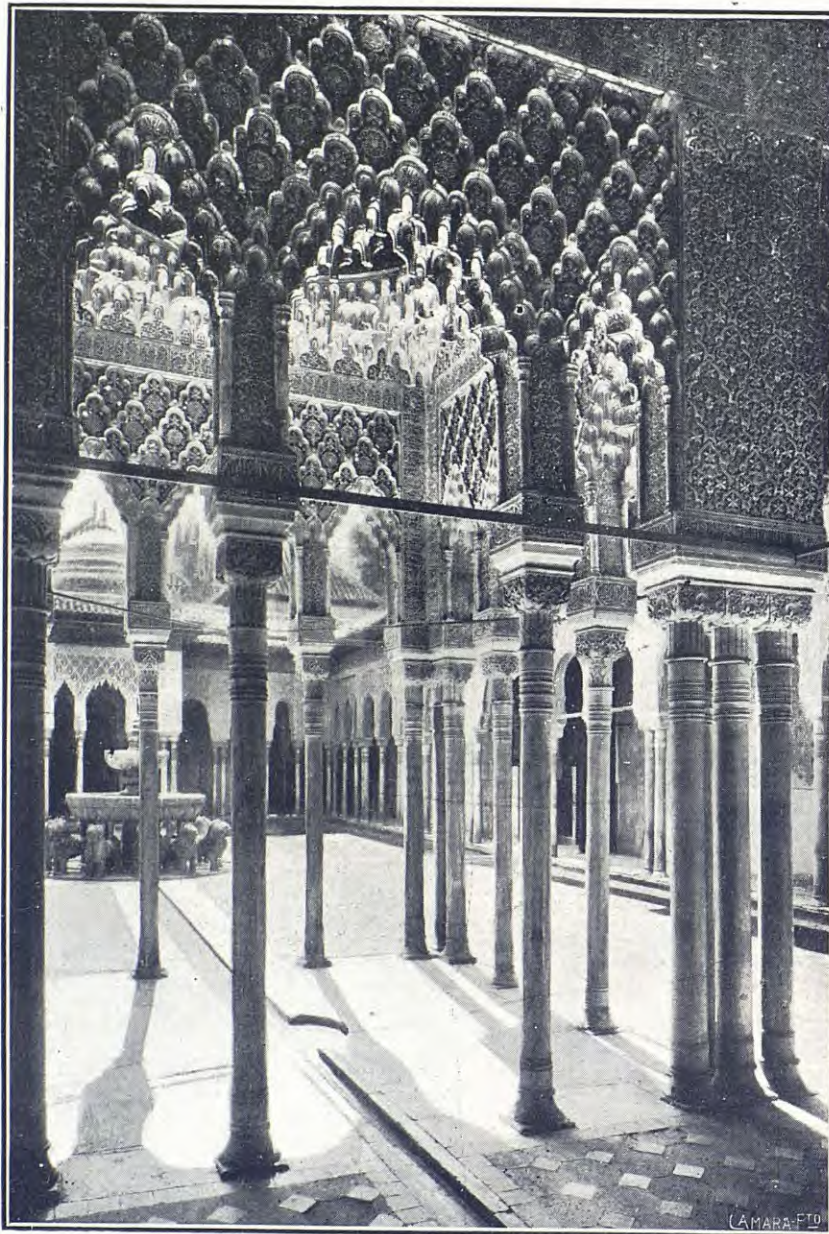
Apenas concluida la capilla, que se llamó del Perdón, recibió los despojos mortales de la infeliz Margarita, que sucumbió á la pesadumbre de su amargura. Sobre aquella tumba colocaron su cuadro que representaba á *Los ancianos adorando al cordero*. El postigo derecho del tríptico figuraba *El Paraíso terrenal*, y en el izquierdo, los dos hermanos se habían retratado en actitud de arrepentimiento y oración. Huberto, á la derecha, tocado con un gorro recogido por delante. Juan, á la izquierda, con una especie de turbante verde y vestido de negro. En la mano ostentaba, piadoso, un rosario encarnado.

Siempre podrá recordarse el cumplimento que dieron los hermanos Van-Eyck al mandato del Rey.

PEDRO DE RÉPIDE

DIBUJOS DE BARTOLOZZI

DE LA ALHAMBRA



Las columnas

En el Alcázar las columnas tienen apariencias de brazos bronceados que, en alto, como cálices sagrados, los capiteles de marfil sostienen.

Todas las tardes á dorarlas vienen los oros del crepúsculo escapados, y, al bañar los templetes sus dorados resplandores, absortos se detienen.

Luego, á la noche, entre la sombra muda, semejan torsos de mujer desnuda. Y evocan, armoniosas y lascivas,

las rítmicas cadencias de la zambra con que ungieron los patios de la Alhambra las odaliscas del Sultán cautivos.

FOT. TORRES MOLINA

Alberto A. CIENFUEGOS

INTERVIUS DE ULTRATUMBA HABLANDO CON LAS SOMBRAS DON JOSÉ LUIS ALBAREDA

EN una sala de la Biblioteca Nacional hojeaba yo, no ha muchas mañanas, un tomo de la colección de *Los Debates*, aquel pequeño gran periódico que, por los años del 78 al 80, daba en la Prensa española una nota singular y no repetida de literatura, amenidad y gracejo, en el que yo comencé mi vida de escritor; cuando al releer un artículo titulado «El palo», que me había dictado el fundador de aquella hoja cierta noche en la Redacción, que estaba en la calle de Villanueva, de la villa y corte, me pareció oír cerca una voz ceceosa, un tanto ronca, que decía:

—¿Aún hay quien se acuerda de mi papel?... Yo creía que estaba tan enterrado como el que lo hizo...

La evocación de aquellas veladas laboriosas, en las que gasté tantas energías y experimenté tantas emociones, me hizo imaginar que estaba á mi lado Albareda, y que era él quien me dirigía la palabra... Sí, era D. Pepe Luis... D. José Luis Albareda... mi maestro de los años mozos... el fundador de *Los Debates*. Su talla de gigante un poco inclinado por el peso de la gran cabeza, de traza romana; sus hombros desiguales, su ademán resuelto... No había duda. Era él.

Era él, que, inclinándose sobre el volumen de su diario, me dijo:

—Por ahí andarán aquellas cuartillas que escribió Valera, llamando al Cetro y á la Corona «los cachivaches de la Monarquía». Y ahí está el *Madrid* que cada noche dictaba Correa, y que era siempre un primor de gracia y de intención... Esa fué mi fortuna, ese mi acierto: rodearme de los mejores. ¿En qué oficina de diario se han reunido, para laborar en la mesa común, hombres como aquellos que eran mis redactores? Allí Valera, Núñez de Arce, Rodríguez Correa, Aureliano Linares Rivas, Ferreras, Augusto Ulloa... y luego la estirpe de los menores: Angel Urzáiz, Gutiérrez Abascal, Pons y Montells, Gadea, Isidoro Rosell, Ramón Melgares, Toro Gómez, tú y otros, todos muchachos, todos animosos... Y Paco Calvo Muñoz, que oficiaba de director, procurando regimentar los desórdenes de magnos y menudos... La mayor parte de ellos están conmigo en la otra vida, donde los veo, y donde, si Dios lo permitiera, publicaría de nuevo mis *Debates*...

—¿Qué memorias le agitan, qué recuerdos turban la serenidad de su vivir eterno?

—Más que nada, la comezón del periodista... Miro pasar hombres y hechos, y si vieras qué ganas me dan de llamar á uno de los míos para dictarle alguna de mis ardorosas soflamas... Había logrado cuanto ambicionaba. Fuí ministro de Fomento en el primer Gabinete de Sagasta de la Restauración, y mi primer decreto fué para reintegrar en sus cátedras á Salmerón y á los otros maestros revolucionarios que había desposeído Cánovas... Fuí embajador en París, el mayor de mis sueños... No hacía Sagasta cosa alguna importante sin consultarme... Verdad es que, luego, solía prescindir de mi consejo; pero yo tenía la vanidad inocente y desinteresada de los niños, y me daba por contento con la fórmula de ser consultado... Todo eso cumplió mis anhelos; pero lo que echo de menos en esta calma definitiva del sepulcro, no es esos triunfos, sino las alegrías juveniles, las de mi Sevilla, cuando mi buen padre era el más rico labrador campesino y yo el más inquieto y rebelde de los mancebos... ¿Te acuerdas de mi padre, de aquel viejo altísimo, de patillas blancas de boca de hacha, que se pasaba las horas, silencioso, en una silla de la Redacción de *Los Debates*, leyendo lentamente el número del día anterior? El fué el último español que se atrevió á afrontar los decretos de la moda, y en las tardes primaverales se iba á pasear al Prado con chaqueta negra y sombrero

blanco de copa alta... Cuando la Prensa se metía conmigo, él lloraba. Cada uno de mis desafíos le costaba una enfermedad. Si yo hablaba en las Cámaras, él iba á oírme, y lloraba también. Yo le decía: «Papaíto, ¿pero es que vamos á vivir en un velorio?...» El y mis santas hermanas me acompañaron siempre con amor. Ellos me indemnizaron de muchas amarguras...

—¿Y la leyenda sevillana de la gentil condesita de Teba?

—¡Ah, la condesa de Teba... Eugenia de Montijo... la emperatriz de los franceses, mi amiga egregia de la juventud; la mujer más bella, más inteligente, más virtuosa que ha nacido...



D. JOSÉ LUIS ALBAREDA

una de las más altas glorias de la raza española! Cuando ella estaba en Sevilla, era casi una niña y ya demostraba la superioridad de su espíritu. Yo y otros mozos de la buena sociedad la acompañábamos en las excursiones campestres. Porque ella se divertiera toré yo varias veces en un corral de Aznalfarache. Entonces nos decíamos de tú... Luego, poco después, fuí á París yo. El emperador Napoleón me invitó á una fiesta en Compiègne y me presentó á su esposa. «Majestad—la dije—, ¿os acordáis de Tablada?» Y ella me contestó: «Preguntádselo al emperador.» Y Napoleón exclamó: «La emperatriz habla de sus antiguos amigos de Sevilla con tal entusiasmo, que siento celos del Guadalquivir.»

—Fué usted, D. José Luis, muy aficionado á los toros.

—Sí que lo fuí, tanto, que ello me valió censuras y chistes mal intencionados. ¿Recuerdas aquel soneto que, con otros, circuló, manuscrito, por Madrid en el año 73? Dicen que lo escribió Chico de Guzmán, un ingenio que, por su mordacidad elegante, recordaba á los poetas maldicientes de la Corte de Felipe IV. Allí mezclaba él esa afición moza mía con una preten-

dida é injusta versatilidad política que nunca tuve, y decía:

*Y si el capricho de la suerte vana
nos endosa á don Carlos y su gente,
es capaz de vestirse una sotana
y brindarle un becerro al Pretendiente.*

A mí me hizo gracia la copla. Pero conste que yo fuí siempre liberal, más liberal que los que hoy se lo llaman... La Unión liberal... El partido fusionista ó constitucional... todo era lo mismo... Modos de hacer compatible la situación del país y el amor á las libertades...

—Pero en eso de la afición taurina tiene usted su página...

—La tengo... Tengo muchas. La á que tú te refieres es bien conocida. En 1851 había en Madrid una Sociedad taumática elegante, de la que formaban parte nobles, ricos, gente principal. Había construido una placeta de toros en las afueras, que se denominaba «El Jardinillo». Allí se verificaban corridas de toretes... es decir... de lo que ahora se llaman toros. Yo tomaba parte en esas lidias. Y un día maté un becerro, á petición de los concurrentes. No pensaba hacerlo. Mi padre me tenía prohibido ese riesgo. Me hallaba en un palco, entre dos damas aristocráticas y bellas. Cuando resultó que el anunciado para matar al bicho se negaba á ello, por parecerle demasiado grandes las astas, el público me reclamó, y las damas en cuya compañía me hallaba me dijeron que me verían con gusto. No fué preciso más... Bajé al ruedo y me quité la levita... entonces se iba siempre de levita y chistera... y en mangas de camisa me presenté ante el concurso. El becerro era bravo, acudía... Le dí tres pasos. Y en cuanto se me quedó cuadrado entré como un rehilete y le clavé el verdugillo en la cruz...

—Todo ha pasado, mi querido D. Pepe Luis: aquellas alegrías taurinas, aquellos Imperios, nuestro periódico, nuestra política, Valera con sus sabias ironías, Correa con sus agudezas...

—Sí, todo ha pasado; pero yo conservo el honor de haber sido el prosaico amparador de los genios. A mi lado nació Bécquer, en los días de *El Contemporáneo*, mi primer periódico; cerca de mí escribió Pérez Galdós sus novelas iniciales, *El Audaz* y *La Fontana de Oro*; lo que iba á ser una tesis filosófica, que preparaba Valera, se convirtió, por consejo mío, en *Pepita Jiménez*; yo excité á Núñez de Arce á que, en días críticos para el pensamiento español, reuniera sus dispersas poesías en aquel haz de rayos que se llamó *Gritos del combate*... No he sido un alma fría y esterilizadora. Me faltaba talento. Me sobraba calor cordial... Lo que no podía resistir á mi lado era á los tontos... ¿Te acuerdas de aquel personajillo liberal que me envió Sagasta para que escribiera los fondos de *Los Debates*?... Hizo el primero, y se publicó. Hizo el segundo, y no se publicó; y cuando vino el endiosado sujeto á preguntarme la causa de que todavía no se hubiera insertado, yo le contesté: «Pues por una razón sencillísima: porque usted y sus artículos son tontos.» El hombre se quejó á Sagasta. Sagasta se me quejó á mí. Y yo dije al jefe: «Puede usted indemnizar á su recomendado dándole una Dirección general que hay vacante. Eso es más fácil que escribir un artículo.» Mi consejo fué esta vez atendido. El tonto fué director... ¿En qué habrá parado? Tal vez haya sido ministro...

Don Pepe Luis soltó una gran carcajada, una de sus carcajadas ruidosas, llenas de desprecio...

Y cuando yo iba á preguntarle algo interesante, el ujier de la Biblioteca pasó sonando las llaves. Había concluido el tiempo de lectura. Cerré el volumen... El gigante de los hombros torcidos no estaba allí.

J. ORTEGA MUNILLA

PANORAMAS EXTRANJEROS

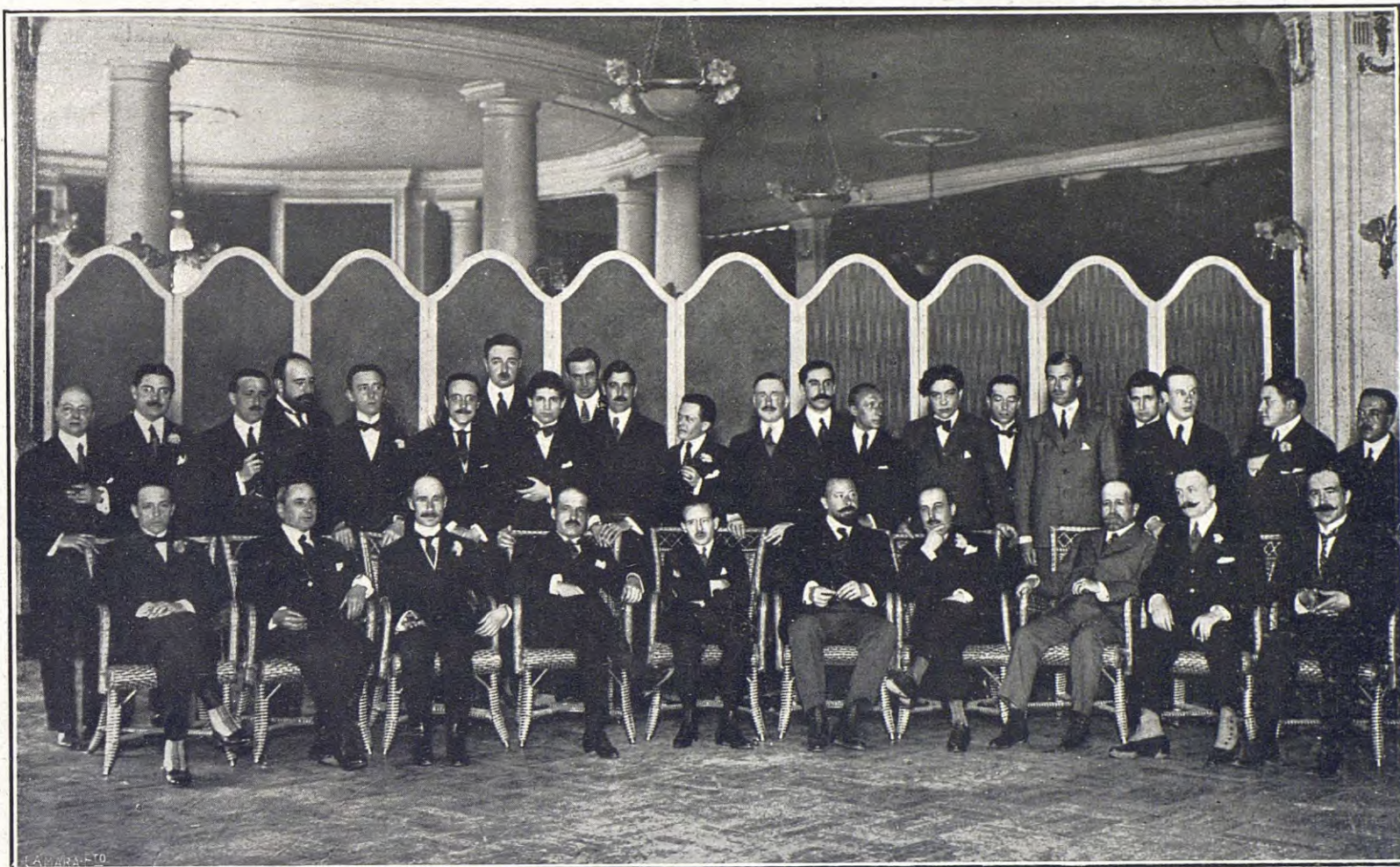


LA CASCADA DE HANDECK (SUIZA)

FOT. WIERLI



LA REVISTA "HERMES"



El director de la revista del país vasco "Hermes", rodeado de algunos de los ilustres colaboradores de dicha publicación

En el espléndido banquete que tuvo lugar en el Palace Hotel, obtuvo la revista *Hermes*, de Bilbao, su reconsagración definitiva, rotunda.

Y hay que hablar de reconsagración, porque ya antes de ahora, apenas se publicó el primer número, los hombres de letras que viven en Madrid advirtieron la presencia de una fuerza de cultura que arrancaba briosamente de la vibrante y admirable villa de Bilbao.

Cuando el Sr. Sarriá, fundador y director de la revista, comenzó a pensar en la publicación de un órgano de amplio orden cultural en el país vasco, quiso fundir en un círculo de vínculos nobles y elevados a todas las plumas que rinden su esfuerzo en tierra vasca.

Pero, al mismo tiempo, era necesario que, para intensificar el esfuerzo, se unieran a la alta empresa los vascos que residen fuera de su país natal; era preciso que esos vascos escuchasen una voz amiga y volvieran los ojos hacia los horizontes de su pueblo.

Y el Sr. Sarriá, multiplicando su capacidad de iniciativa, de organización y de trabajo, consiguió establecer un contacto, noblemente intelectual, entre los hombres de tendencias más opuestas.

Un paso más, un llamamiento más, y a la agrupación de los vascos se unirían otras inteligencias, otros bríos y otros ímpetus.

Así quedó coronada la labor y así comenzó a publicarse *Hermes*, afortunada y espléndida realidad que, sin encerrarse en horizontes comarcanos, cultiva con profundidad y con amor toda la gran tradición vasca, y al propio tiempo rinde a la cultura general una fuerza considerable.

No era necesario crear valores nuevos, no. Los valores intelectuales existían en el

país vasco y existían con vigorosa vida; sólo esperaban el momento de fijarse, de determinarse con personalidad propia y original.

Hermes, al impulsar hacia una nueva aurora radiante el pensamiento encendido y lleno de preocupaciones que agita tantas cabezas vascas, señala acaso el comienzo de una etapa, en la que los pueblos jóvenes, fuertes y ricos de España, traerán al pensamiento un ardiente anhelo de renovaciones.

De Bilbao ha surgido *Hermes* como un brazo que levanta en alto la espada ideal, y busca la lucha nueva, la lucha europea por la difusión de las ideas y por la integración viva del pensamiento y de la cultura de un pueblo.

Se creía que Bilbao era la gran urbe financiera solamente; que a través de la humareda o de la niebla gris que empañaba el paisaje brillaban, de vez en cuando, unos rayitos de luz tenue, y las llamas puras de la inteligencia no podían tener aquel vivo resplandor que les da nobleza.

Pero he aquí que, de pronto, Bilbao nos sorprende con la revista *Hermes*, que es una de las más altas manifestaciones de cultura del momento español.

El Sr. Sarriá ha unido en haz a los escritores vascos—tan numerosos y tan distinguidos—, y ese haz de plumas, como si fuera de lanzas o picas, se forma en orden de combate ideal.

Para todos es interesante *Hermes*; para todos hay una lección de civilidad en la convivencia de valores opuestos; por eso, lo mismo en España que en América—¡qué interesante *Hermes* para los que viven lejos de su patria, recordándola!—, el triunfo de la revista bilbaína ha constituido uno de los más brillantes momentos de nuestros nuevos días de cultura.

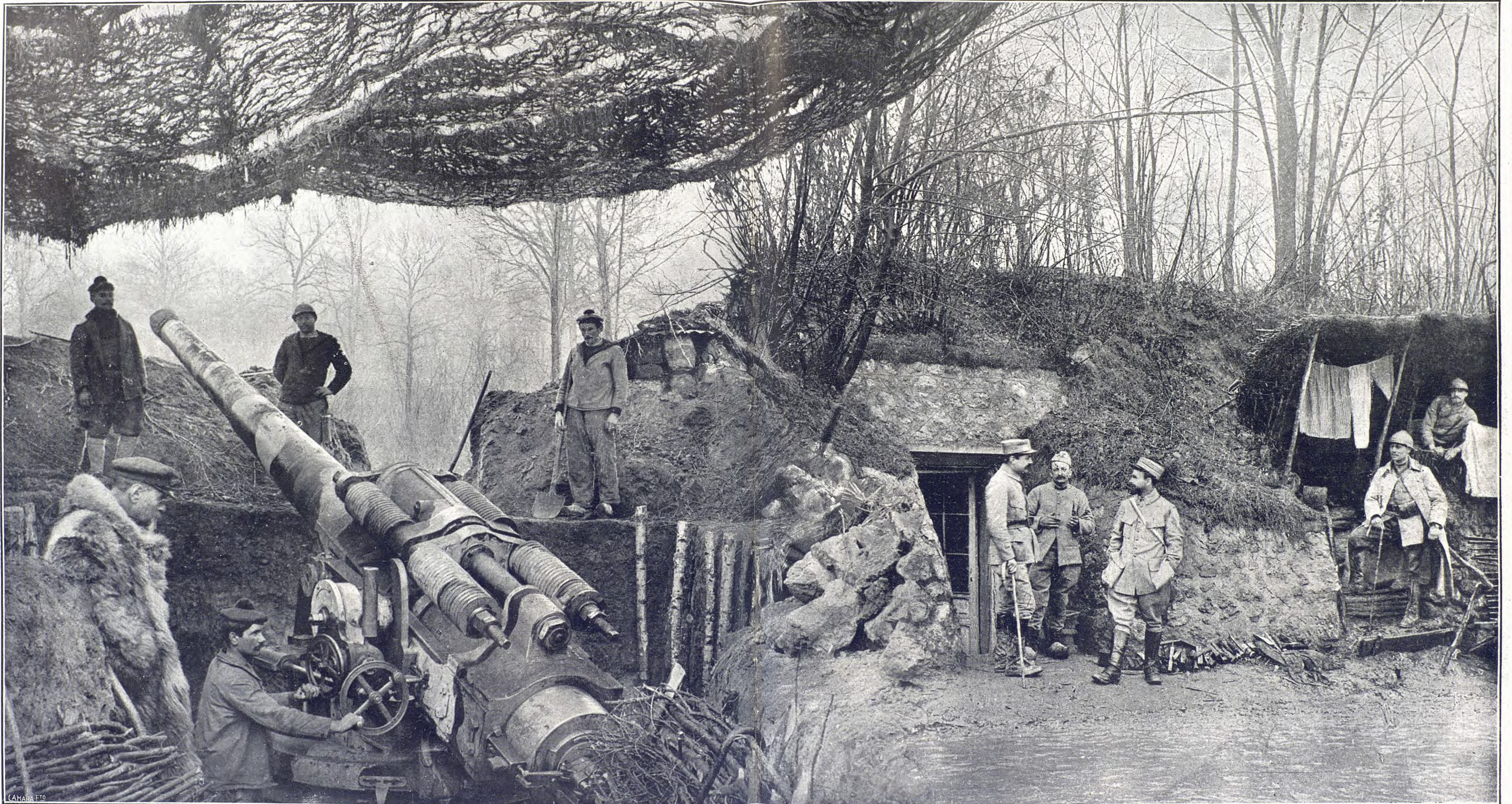
HERMES

REVISTA DEL PAÍS VASCO



DISUJO DE ARTETA

Portada de la revista "Hermes"



CAÑÓN DE GRAN ALCANCE, PROCEDENTE DE LA MARINA FRANCESA, DISIMULADO BAJO UN ARBOL, EN LAS BATERÍAS ACASAMATADAS DEL OISE

Fot. Hugelmann

CONVIENEN todos los partes oficiales alemanes en que las batallas del Somme y del Oise, como cuantas se están desarrollando actualmente en el frente occidental, son un maravilloso alarde de potencialidad artillera, lo mismo en el sector francés que en el británico. Esa gigantesca potencialidad, adquirida por las dos naciones aliadas vecinas en un plazo asombrosamente corto, merced al desarrollo de las industrias marciales en ambos países, es el ariete formidable ante cuyos certeros golpes, lo mismo en el Somme que en el Oise y el Scarpa, las fortísimas líneas germánicas han cedido, replegándose, a nuevas posiciones. El avance franco-británico, al cual pretenden, inútilmente, restarle importancia y significación los informes procedentes de los Imperios centrales, ha sido brillante victoria sólo comparable, por su magnitud, a la epopeya del Marne. Y ese triunfo, cuyas consecuencias beneficiosas para la causa de la paz no ha de transcurrir mucho tiempo sin que sean claramente aprecia-

das, se ha debido, aparte de lo bien meditado del plan por el alto mando de los ejércitos francés e inglés, a la superioridad incontestable de su artillería. No sólo han sabido presentar en línea de combate ambos ejércitos coligados contra el austro-alemán, elementos artilleros mayores en calibre y alcance que los empleados por el adversario, sino que también representaban considerable superioridad numérica. Las terribles preparaciones de artillería, lanzando sobre los campos atrincherados germánicos verdaderas granizadas de proyectiles, y convirtiendo así en extensos cráteres en ignición vastas extensiones de terreno, son, invariablemente, el primer rasgo a señalar por toda información oficial de las batallas libradas actualmente, como justificación y excusa de la pérdida de posiciones teutonas. Nuestro grabado presenta una de las baterías acasamatadas del frente francés, y en las que el factor ofensivo está constituido por cañones de gran alcance, procedentes de los buques de guerra.

ROMANTICISMO



Al maestro don Ramón
María del Valle-Inclán

AYER

¡Oh, los fraques azules con botones dorados,
las felpudas chisteras, la faz meditabunda
pálida de vinagre!... ¡Oh, momentos amados
del siglo de las luces, cuando Isabel segunda!...

Abren los miriñaques su clueca pompa. Lloro
Werther enamorado... Se olvida la gramática...
Suenan en la angosta caja del reloj una hora
y cargan los suicidas su pistola dramática.

Los poetas con cara de color de membrillo
declaman en el clásico rincón del Parnasio
y en la lira de Apolo suena el himno de Riego.

Por ser fiel á su tiempo, Larra busca la muerte;
por la sien chamuscada la roja sangre vierte,
y en la esquina de Pombo canta Perico el ciego.

HOY

¡Oh, el The Tango! Monocles, gracia y noctambulismo,
modelos de Paquin y de Antoine, vagos tules,
los rostros maquillados y el fácil snobismo
entre negros lunares y entre ojeras azules.

Las elegantes tienen blandos gestos de gata.
Posan graciosamente y, al fumar el haxix,
fruncen los lindos labios pintados de escarlata
como en un beso lleno de ciencia de París.

Ya no quedan románticos en nuestro tiempo, no.
Sólo un poeta obscuro por amor se mató
y fué una flor exótica la sangre de su herida.

¡El último romántico!—dijeron al leer:
«Me mato por los claros ojos de una mujer
que ha llenado de sombras y de auroras mi vida.»

COLOFÓN

¡Bello romanticismo de entonces y de ahora,
exaltación gloriosa de la vida, más bella,
porque los bien-amantes saben fijar la hora
para partir, buscando la luz de alguna estrella!

¡Oh, ingenuidad romántica de morir por amor
cuando están los rosales y los años en flor,
que no comprenden estas lindas del colorette!...

Del poeta de ahora sin nombre y sin fortuna
nadie sabe en qué fecha parte para la luna...
Larra murió en Febrero del año treinta y siete.

F. MARTÍNEZ-CORBALÁN



LAS GRACIAS MODERNAS

I N G E N U A S

CASI siempre que se habla de Catalina Bárcena, sale á cuento lo de la actriz «ingenua». «—Para «ingenuas», la Bárcena.» «—Nadie hace las «ingenuas» como la Bárcena.» «—La señora Bárcena es la actriz de la ingenuidad.» Perfectamente. Pero, ¿qué es la ingenuidad? ¿Cómo son las ingenuas? ¿Por qué se habla de ingenuidad femenina tan á troche y moche?

Se cree, en general, que las ingenuas son las bobaliconas, las inocentonas, las que no se dan cuenta de un guiño, de un tosido, de una frase «con segunda intención».

Es decir, que la mayoría de la gente no concibe que una mujer, iniciada ya en los secretos del amor, de la Naturaleza y de la vida, pueda ser una ingenua.

Hasta hay quien, confundiendo la ingenuidad con la castidad, ha pretendido, con psicología de primer año, vincular la ingenuidad con la doncellez, considerando que Eva perdió su ingenuidad al morder la manzana del Paraíso.

A poco que meditemos sobre el punto, veremos que un concepto tan estrecho y tan rigorista es absolutamente equivocado. Porque, ¿qué es la ingenuidad? ¿Es la ignorancia acaso? ¡De ningún modo! Hay muchas ignorantes que tienen picardía, y muchas iniciadas que suelen ser ingenuas en todo y por todo. Si la ingenuidad fuese inocencia, habríamos excluido de ser ingenuas á gran parte de las mujeres.

No es ni inocencia, ni ignorancia. «La ingenuidad—dice Littré—consiste en la naturalidad.» Ser natural es ser ingenua. Y como la mujer es natural muy pocas veces, de ahí que haya pocas ingenuas y de ahí también la limitación y la confusión.

Debemos decir, pues, en primer término, que la ingenuidad, aun cuando esté en poder de muy pocas mujeres, puede ser cualidad común á todas; á las jóvenes, como á las maduras; á las iniciadas, como á las ignorantes; á las honestas, como á las pecadoras. La ingenuidad no es ya estado exclusivamente físico, ni un estado exclusivamente moral. Es un estado fisiológico, un «estado natural», como decía Littré.

Puede no ser ingenua una muchacha de catorce años y puede serlo una mujer «crepuscular». La ingenuidad es todo lo contrario del disimulo, de la hipocresía, del fingimiento. Como ha dicho Adolfo Brissón, «no consiste en la ignorancia absoluta de la vida, sino en la espontaneidad de los sentimientos, en la lealtad del carácter». Molière, en su *Escuela de las mujeres*, nos presenta en la Inés á la ingenua tipo. Honesta, sin gazmoñerías; franca, sin altivez ni alarde; espontánea, natural, ingenua, en fin.

Nuestros clásicos encerraron á las ingenuas en el convento de *La buena guarda*, de Lope. Y cuando alguna de ellas alternó en el siglo, pasa de ingenua á perfidilla, como *La niña boba*.

Las ingenuas de Moratín caen en la gazmoñería; las de Valera, en la dialéctica y en el casuismo; las de Galdós, en el apostolado societario.

Los españoles no entendemos la ingenuidad como esencia, sino como accidente.

Creemos que la ingenua dejará de serlo fatalmente con los años, con la experiencia de la vida, con el imperio de esta ó de la otra circunstancia.

No concebimos que la ingenua de quince años pueda seguir siéndolo toda su vida.

No concebimos una cuarentona ingenua, ni una viuda ingenua, ni una pecadora ingenua.

Confundimos la ingenuidad con el desconocimiento de la vida; creemos que depende de los demás, no de uno mismo; de las circunstancias, no del carácter.

Sin embargo, nada hay tan personal, tan persistente, tan perdurable á través de los años

y de los desengaños, como este sentimiento de la ingenuidad.

Una muchacha ingenua, esto es, una muchacha espontánea, franca y leal, puede seguir siendo leal, franca y espontánea hasta que tenga el pelo blanco.

Porque la ingenuidad es la aversión al disimulo, la repugnancia al fingimiento, el culto á la naturalidad del carácter.

Toda la rumorosa dinastía de las Josette, de las Miquette, de las *petites chocolatières* que, traducidas, casi siempre mal, inundan los escenarios y librerías de nuestro país con su elegancia extravagante y su *chic* descocado y perturbador, envuelven la malicia entre la espuma de sus frases, y el libertinaje en el tul transparente de sus descotes.

Estas ingenuas del «gran mundo», que se descotan como cupletistas y fuman cigarrillos turcos como cocotas, son un producto artificial, una destilación del alambique literario. La ingenuidad de estas ingenuas es una ingenuidad al revés.

Juegan con el pecado como con el perrillo faldero, y tienen del pudor el concepto de indiferencia irrespetuosa que tiene el sacristán de las imágenes.

Una ingenua que fuma, bebe, juega y habla como las heroínas de Armando Silvestre ó de Juan de la Hire, es

todo lo contrario, precisamente, de lo espontáneo, de lo natural. Porque ninguno de sus gestos, de sus dichos, de sus ademanes, viene de ella, sino del capítulo tal, página tantas...

Si alguna ingenuidad tuvieran las ingenuas de este jaez, es la de imaginarse pervertidas, porque fuman inofensivos *khédives*, ó la de creerse perturbadoras porque, al recogerse el vestido, enseñan sus medias caladas...

Después de todo, la ingenuidad de la perversión, ¿no es también, á su modo, una ingenuidad?...

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE RAMÍREZ



DESDE PARÍS



LOS JARDINES REDENTORES



La "Femme au Masque", de Christophe

RECUERDAN ustedes un famoso y absurdo pleito á que dió lugar aquel desnudo de mujer que decoraba el relieve conmemorativo, sobre la fachada de la casa donde, en Madrid, vivió, pobre, ignorado y hambriento, el inmenso y triste Cervantes?

Si la memoria no me engaña, aquel desnudo ofuscó á un hombre que, viviendo frente á la casa histórica y pudiendo contemplar en todo instante la escultura evocadora de amorosas y maternales bellezas, juzgó en gravísimo peligro no sólo su propia serenidad, sino también la pureza de sus hijas y la virtud de sus hijos.

Y tan falto de reverencia como sobrado de poder, nuestro hombre hizo vestir la desnuda forma con una cataplasma de yeso, á manera de camisa. De tal modo, lo que era desnudo absoluto y, por ende, casto, pasó á ser desnudo relativo y, por ende, incitador. Pero el pequeño vecino de la gran sombra de Cervantes reposó tranquilo, y volvió á permitir que sus hijos se asomaran al balcón.

ooo

Tal criterio fué, en España, el de los hombres de las generaciones pasadas, y tal sigue siendo el de no pocos hombres de la generación presente.

Aplicado á la Pedagogía este espíritu, dió los resultados que de sobra conocemos todos los que, por nuestra desgracia, hemos vivido los últimos años de nuestra infancia y los primeros de nuestra adolescencia en el ambiente corruptor y depravante, que es el de los Institutos, las Instituciones y las Universidades de nuestro país.

Yo no puedo olvidar—porque en mi espíritu quedó grabada con indeleble huella de sufrimiento—una estatua de Diana que, por mengua, había ido á parar á un rincón del patio del Instituto provincial de Santander.

En ese Instituto cursaba yo—¡quince años hace!—mi segunda enseñanza, y estudiaba Química sin manejar un solo reactivo, y Filosofía sin

"A Emilio Carrère, gigante hermano, en la esperanza de que nuestros hijos tornen al Paraíso que perdimos nosotros, los transmigrados, al morir un día bajo el beso extenuador de una bacante, en el bosque sagrado de Eleusis."



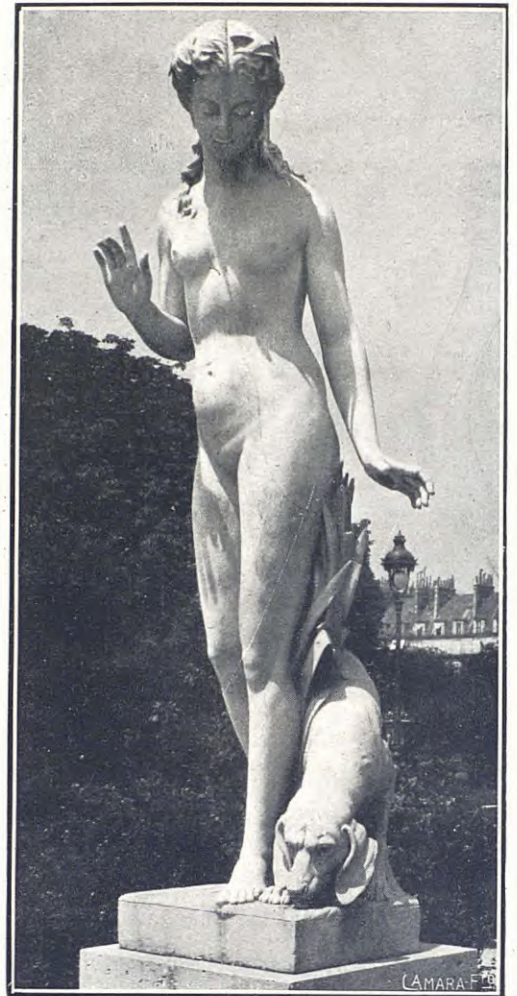
"Casandra se pone bajo la protección de Palas"

más horizontes que los de un texto de Orti y Lara...

Mas, por ingrato que fuera el encierro en aquellas aulas; por odioso que me fuera el oír diariamente al profesor de Psicología proclamar, mirándome de hito en hito, que el matrimonio civil es un concubinato; por intolerables que me fueran la síntesis y el análisis, estudiados sin más



El "Centauro herido"



La "Diana cazadora", de Leveau

elementos que una barra de greda y un encerado, el dolor de los dolores lo era para mí, en aquel penal docente, la cotidiana profanación que, á la entrada ó á la salida de las clases, sufría la «Diana» del patio, brindada á la estúpida barbarie de mis condiscípulos, ante la sonrisa indulgente de los bedeles.

Estaba la dolorida estatua de mis recuerdos mal envuelta en una túnica. Los pliegues del lienzo, cayendo en quietud de reposo, ceñían la divina forma, acusándola al velarla.

Pasando ante la estatua, mis compañeros reían siempre, y se mostraban unos á otros el mármol con groseras chanzas de burdel. E, ineludiblemente, del grupo regocijado se destacaba un «gracioso» que, lápiz en mano, ponía sobre las nobles formas femeninas el ultraje de una obscenidad. Reían entonces mucho más, con estruendosa risa, todos aquellos muchachos, que habían nacido de una mujer y que en una mujer habían de engendrar mañana á sus propios hijos...

Yo me ganaba no pocos ceros, prodigados por mis benévolos profesores, porque voluntariamente rezagado quedábame atrás, borraba con infinita y conmovida piedad los abominables trazos de lápiz que maculaban la piedra, y luego, un poco aliviado y fortalecido, entraba en la clase diez minutos después de comenzada la peripatética, ininteligible é inútil explicación.

Esta historia—la de la «Diana» de mis piedades—se repite hoy, en España, en los jardines, en los paseos, en las exposiciones, en los museos mismos: allí donde un desnudo queda expuesto á la ineducación estética y sentimental de nuestra juventud, tan lejana de aquella luz radiante de Atenas la Antigua, como de este otro claro sol del París moderno, y detenida aún, en pleno siglo XX, entre las sombras lancinantes y desesperanzadas del tétrico año mil.

ooo

¿Cómo hallar remedio á tamaño mal, si no es educando á los niños en la familiaridad y en la

admiración de la belleza humana y, por excelencia, de la belleza femenina, que es cifra y suma de todas las galas de la Vida y de la Tierra?

Despojemos al desnudo de ese insano y pecaminoso misterio en que hubo de envolverle nuestro concepto medioeval y sucio del pudor. Hagamos que, desde pequeños, nuestros hijos tengan por tan natural la contemplación de un cuerpo de mujer como la de un horizonte ó como la de un vergel. Y así, llegadas que sean para ellos la mocedad y la hora purpúrea del deseo, los hombres—nuestros hombres de mañana—podrán amar luminosamente, y sus abrazos, exentos de malicia y de perversión, sabrán ennoblecer, ungiéndolos de veneraciones, aquellas mismas bellezas maternas que sus padres—los hombres de hoy—sólo supieron envilecer y degradar...

Eduquemos, sí, á nuestros hijos en la costumbre y en la reverencia de la forma humana, como por acá se educan los hijos de la dulce Francia, y, como los niños franceses, hagamos que los niños españoles dispongan, para vivir y medrar, de encantados jardines bajo cuyas frondas toda cosa es caricia y sonrisa, y todo habla de vida y de bondad, y no con el idioma obscuro de los hombres—disfraz del sentimiento—, sino con el transparente y mudo lenguaje de la Naturaleza, que llega tanto más derechamente al espíritu cuanto éste es más ingenuo y sencillo, por seguir el camino recto del corazón.

ooo

De todos los jardines redentores, maestros de belleza, el jardín por excelencia lo es el de las Tullerías, que, construído para los hijos de reyes y de emperadores, fué para los hijos de la burguesía y del pueblo la mejor conquista de la Revolución.



La frente se ciñe con la majestad del Louvre, que nos dice de inmortalidades: la Victoria de Samotracia, la Venus de Milo, la Gioconda...

¡Las Tullerías!... Tiene este jardín de ensueño—como si en él estuvieran cifrados el genio, la gracia y la gloria de Francia—una cabeza y un corazón, y se envuelve en una aureola de luminoso esplendor, que es inmarcesible túnica urdida con albas nieblas del pasado y con fulgurantes oros del porvenir.

La frente se ciñe con la majestad del Louvre, que nos dice de inmortalidades: la Victoria de Samotracia, la Venus de Milo, la Gioconda... Luego, en la académica tersura del *parterre*, allí donde los dos estanques circulares parecen dos trémulos espejos que el cielo acaricia y besa, palpita el corazón: es el reino de los pájaros y de los niños, y es también el refugio de los enamorados muy jóvenes, de los enamorados en la plena ilusión del enigma no revelado aún... Y allá, á lo lejos, encendiendo en púrpura sangrienta el estilete del Obelisco de Lucksor y trocando en mole de plata viva la hierática piedra del Arco de Triunfo, el sol de Valmy, de Jena y de Verdun, pone sobre los seres y las cosas el fúlgido prestigio de la Gracia, vencedora de la Fuerza, en un triunfo de la Vida y del Bien sobre las ti-

ránicas y oscuras leyes de la Fatalidad y del Mal.

¡Las Tullerías!... Sobre los cochecitos de los *tout-petits*, de los bebés que sonríen abriendo, desmesurados, sus grandes ojos inquiridores y sorprendidos, vienen á posarse los jilgueros y los gorriónes familiares, que aman al hombre y á los hijos del hombre porque nunca de ellos recibieron daño.

Bajo las frondas cargadas de nidos vibran, mezclados en mágica sinfonía, los gorjeos de los pájaros, y los ceceos de los *chiquillos*, y los besos de las madres: y susurran promesas sinceras los amantes, que no mienten porque lo ignoran todo del amor.

Y sobre sus zócalos de mármol yerguen su desnudez serena la *Diana*

cazadora, de Levéque, y el *Ganimedes*, de Barthélemy, y se alzan, atormentadas, las hermosuras clásicas de *Cassandra*, de la *Femme au Masque*, de Christophe, y del *Centauro herido*, que se abate estrechando á la virgen raptada, en agonía de imposible deseo y de mortal dolor.

Todo aquí es arte y es clara evocación de la divina y bienhechora Verdad... Y estos niños, los que medran lejos de toda ficción y de toda sombra, vuelven más tarde, cuando son hombres y mujeres, á visitar con religiosa devoción el Jardín de los Jardines. Por eso, en los domingos parisienses, los estudiantes y las *midinetas* pasean bajo los árboles de las Tullerías, enlazados los brazos y hermanadas las almas; y recordando los días plácidos de su infancia, dan de comer á los gorriónes en las palmas de sus manos, y se detienen, graves y reverentes, ante los mármoles que despertaron en sus espíritus y en sus sentidos los primeros anhelos y las primeras emociones del limpio, libre y sano amor, que ahora es la razón y la clave de sus existencias...

ANTONIO G. DE LINARES



Luego, en la académica tersura del *parterre*, allí donde los dos estanques circulares parecen dos trémulos espejos que el cielo acaricia y besa...



LA VOZ DE LEYENDA DE LAS FUENTES

En la transparente
florida mañana
las fuentes de encanto
riman sus tonadas.
Se rejuvenece
la antañona plaza
y cantan los niños
antiguas baladas.

Son esas canciones
como viejas lágrimas,
que van, verso á verso,
cayendo en el alma.

¡Florida saudade,
el sol es un ascua
de oro en los rientes
cristales del agua!

¡Oh, las melancólicas
canciones arcaicas!,
memorias ingenuas
que, al ser evocadas,

visten linos cándidos
como colegialas.
Todo huye en las ondas
confusas del agua.

En la mañanita
tienen las fontanas
reverberaciones
de cristal y plata.
¡Oh, mi inolvidable
amor de mi infancia,
grandes ojos claros
y trenzas doradas!
¡Oh, su vestidito
azul, risas claras
y líricas, manos
fragantes y pálidas!

¡Manos de celestes
venas azuladas,
que dibujan una
floración fantástica!
De la historia ingenua

las frases borradas
pasan en las ondas
confusas del agua.

En la transparente
y alegre mañana
florecen los versos
que ayer fueron lágrimas.
Todo lo que es dulce,
todo lo que pasa:
rientes jardines,
floridas ventanas.

Canciones antiguas
llenas de nostalgia,
que al pasar nos cuentan
las claras fontanas.

Voces conventuales
de cristal y plata,
que sollozan viejas
historias muniñanas.

Niñas melancólicas,
que miran con lástima
á aquel rey galante
y triste que pasa.

Decires que tienen
perfume de almas,
dolores antiguos,
penas olvidadas.

Figuras de viejas
leyendas lejanas,
memorias que al cabo
de nuestras andanzas,
rosario de penas
vulgares y amargas,
nos dan el dulcísimo
placer de las lágrimas.
Todo huye en las ondas
confusas del agua.

E. CARRÈRE

BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



SRTA. MARIA DE LOS DOLORES DE BIDEGAIN Y CABRERO

Sobrina de los condes de la Mortera y de los condes de los Andes

ENCANTO de los salones aristocráticos españoles son, por su lindo palmito, por su gentileza, por su garbo castizo á más no poder, por su elegancia innata, por su ingenio despierto y alegre y por su candor angelical, estas bellezas, con la publicación de cuyas fotografías se enaltece y se engalana hoy LA ESFERA, cumpliendo su misión de divulgar y loar los tesoros del Arte universal y las maravillas de la Naturaleza, particularmente las que son orgullo de nuestro patrio solar, donde abundando tanto como abundan las mujeres bonitas, parece imposible encontrar algunas que suspendan la mirada como ante un ensueño de hadas y maravillen al corazón é impulsen á rendirlo, absorto y de rodillas, como en la famosa rima de Bécquer, estro



SRTA. ESTRELLA DE ALFARO Y DEL PUEYO
Hija del coronel de Estado Mayor D. Sabas de Alfaro

digno de cantarlas, para ofrendar á tan bellas efígies digno marco de apasionadas y deliciosas estrofas.

Mientras exista una mujer hermosa habrá poesía—dijo el dulce y melancólico poeta sevillano—. Ampliando y concretando el concepto, con perdón por la irreverencia hacia el cantor de las Rimas, diremos que habrá poesía mientras haya mujeres españolas, que unen á la belleza del rostro la hermosura y la aristocracia del espíritu. De las mujeres de España son una galana muestra las tres bellezas cuyos retratos publicamos en esta página. Las tres pudieran ser musas é inspirar las divinas canciones de los poetas más enamorados de la tierra. Si Campoamor y Bécquer volvieran á la tierra, descubrirían en ellas maravillosos encantos y harían ser su gracia inmortal.



SRTA. CARMEN GUTIÉRREZ DE LA VEGA

Linda señorita guipuzcoana, perteneciente á la ilustre familia de los Olozábal

LOS ARTISTAS FRANCESES EN BARCELONA EL SALON DE OTOÑO



"Marta y Josefina", cuadro de D'Espagnat



"Naturaleza muerta", cuadro de Henri Matisse



"El ramo de violetas", cuadro de André Mare

A CASO el mayor interés de la Exposición de Arte francés en Barcelona radique en los envíos de los artistas afiliados al Salón de Otoño. Es la sección más numerosa, subdividida a su vez en las de pintura, escultura, arquitectura, grabado, artes decorativas, libros y medallas.

Atrás, en su magna sala de la Reina Regente, quedan los precursores de las modernas tendencias. Son ya los consagrados, los afirmados en un prestigio secular y definitivo. Son otros ahora los lapidados, los escarnecidos, los que desafían el juicio de sus contemporáneos, casi siempre adverso é incapaz de comprender aquello que obliga á renovar los conceptos preestablecidos y los criterios cómodamente encontrados cuando llega el instante de opinar, al menos en apariencia, por cuenta propia.

El Salón de Otoño pone al público español, que se preocupa de las cosas de arte, en presencia de todos los «ismos» estéticos de penúltima hora.

Y digo de penúltima hora, porque es tal la inquietud que agita á los jóvenes artistas del otro lado de los Pirineos, que ya muchos de los que figuran en la Exposición de Barcelona son «retrasados», «bomberos» ó «maquinistas», según el argot de los talleres parisienses.

Incluso el cubismo sólo asoma tímidamente



"Julia", dibujo coloreado de Máximo Dethomas

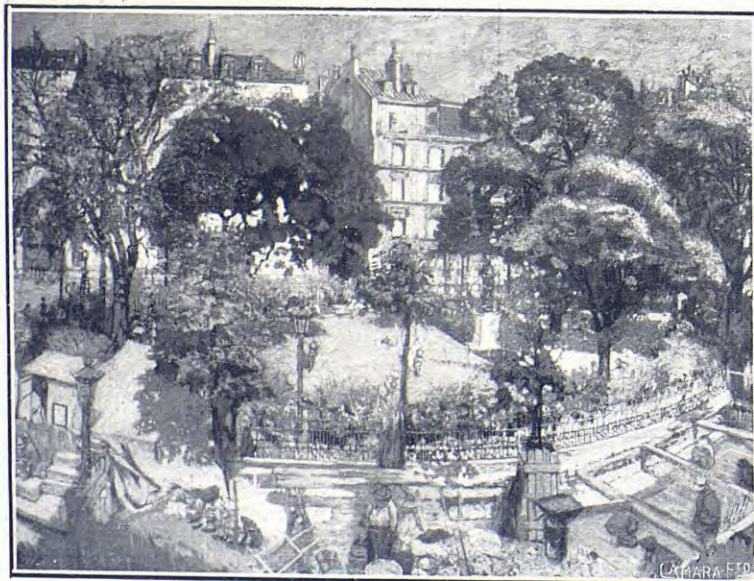
en La Fresnaye, y Henri Matisse ya parece clásico si se piensa que Picasso acaba de fundar una nueva escuela pictórica: el *panoplismo*, que ya no consiste en pintar, sino en adherir á un lienzo fragmentos de tela, papel, madera, cristal y hoja de lata...

Se ofrecen, sin embargo, elocuentes ejemplos de todas las tendencias post-impresionistas. Hay intimistas, órficos, sincromistas, simbolistas, primitivistas, sintetistas. Estamos en el reino de los *fauves*, de los que pretenden alcanzar la *plus grande intensité avec le moindre effort*.

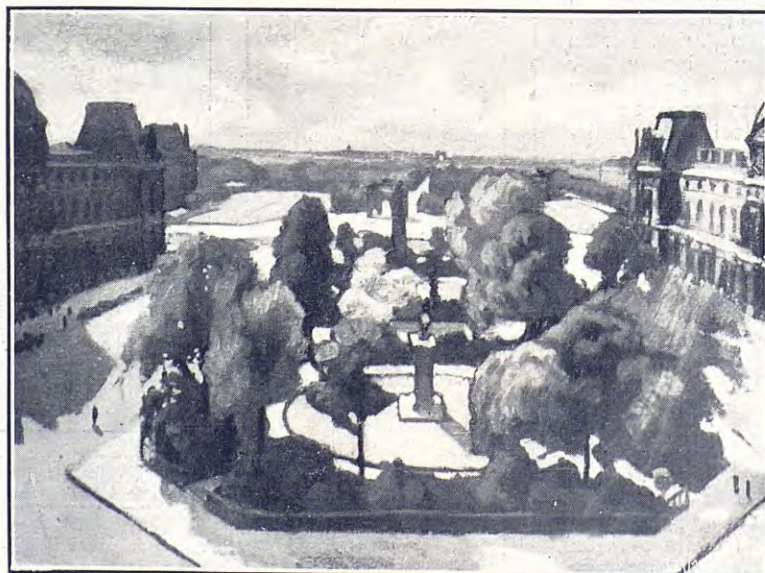
Porque estos modernísimos pintores franceses que quisieran, al modo de Cézanne, «pintar como el pájaro canta», y que consideran, como Gauguin, que «un cuadro es una superficie plana cubierta de colores reunidos con cierto orden», padecen la obsesión de las definiciones y complican su pintura con una ideología enrevesada y pseudocientífica.

No deben estar muy convencidos de haber hallado la «síntesis amorosa de la línea», cuando consideran necesario, como una justificación de las falsas ingenuidades, hablarnos de volúmenes, profundidad, planos y emociones dinámicas, para llegar á la consecuencia de que es preciso pintar como los salvajes...

Unos dicen con los futuristas italianos: «Noi



"El square Berlioz", cuadro de Eduardo Vuillard



"La plaza del carrousel", cuadro de Alberto Marquet

porremo lo spettatore nel centro del quadro»; otros aceptan como expresiva de su arte la afirmación de Lucien Laforge: «Une ligne peut exprimer un objet sans avoir aucune ressemblance graphique avec lui».

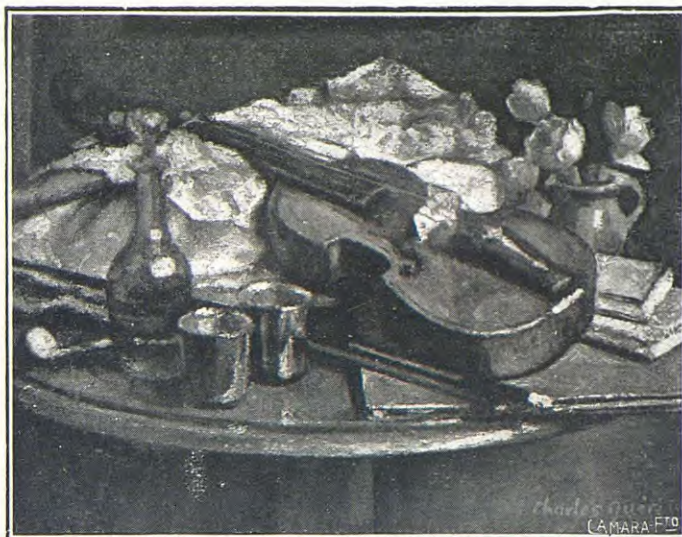
Y de este maremágnum de genialidades y de impotencias, de positivos temperamentos de pintor y supercherías indignas de arrivistas, surgirá indudablemente el arte del porvenir, cuando se eliminen las charlatanerías y los morbosismos para dar todo su merecido relieve a las pocas verdades estéticas que todavía están en su período de evolución y de tránsito.

He aquí el común error de los apologetas y de los detractores: considerar como definitivo lo que todavía no pasó de balbuceos, de tentativas y de desorientaciones. Ni la cólera ó la bafa del burgués profano y del fracasado profesional; ni la pedantesca suficiencia de ciertos críticos á quienes todo lo nuevo y arbitrario parece bueno y á quienes puede aplicarse la desdenosa opinión de Degas: «Les lettres expliquent les arts sans les comprendre.» Y si se piensa, como digo antes, que todos estos artistas, obstinados en buscar la verdad por caminos de un paralelismo aparente y de una convergencia efectiva, sólo pretenden la expresión inocente, sencilla, clara, de una ingenuidad infantil, y la máxima

Porque responden á un ansia de liberación, de renovación espiritual, al instinto fecundo de las juveniles rebeldías y porque en la historia de las bellas artes cada innovador ha sido siempre recibido de idéntica manera.

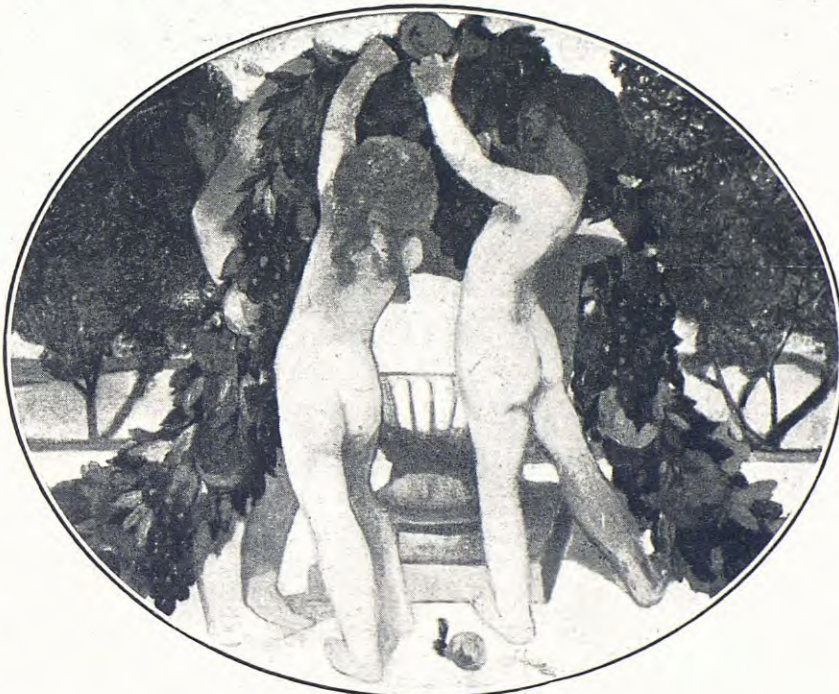
Claro es que el eclecticismo crítico tiene un límite; porque lo contrario equivale á una inconsciencia lamentabilísima. Hay extravíos y superfechías que ni podemos ni debemos admitir; y nada importa que sean hijos de la buena fe ó de la impotencia disfrazada de exhibicionismo.

Así, pues, el cubismo es algo absurdo y grotesco que jamás podríamos discutir en serio, y en estas salas del Palacio de Barcelona hemos vuelto á encontrar cuadros y autores ya conocidos no solamente del *Salon d'Automne* y del *Independents*, sino de las Galerías Bernheim Jeunes y Vollard, que ni siquiera nos hacen sonreír. Estos pintores que me recuerdan unas palabras de Gustavo Coequiot acerca de Henri Matisse: «Ha obtenido éxitos considerables—estas dos palabras son rigurosamente exactas!—en Suecia, Alemania y Rusia, es decir, en los tres países del mundo donde no existe actualmente un solo pintor.»



“Viola de amor”, cuadro de Carlos Guérin

de su dibujo; Odilon Redon, el «prince des coloristes», el solitario del misterio y de la íntima concentración. Sus flores *sugeridas*, según la feliz frase de Luis Vauxcelles, tienen esa gracia frágil y turbadora de las flores que llueven desde el más allá en las sesiones de los enfermos por ultratelúricas curiosidades. Jaulmes, con su buen gusto de decorador que ha demostrado prácticamente en la instalación de la Exposición; Eduardo Vuillard, con el admirable cuadro titulado *Square de Berlioz*, que es todo un tratado de pintura al aire libre; Pierre Bonnard, con su expansiva y contagiosa fantasía cromática, con su amor á las carnes sabrosas y tentadoras como frutos, de las mujeres amigas del agua y del amor; Vallotton, que lleva á los paisajes aquel hincamiento psicológico de sus primitivos retratos é ilustraciones editoriales; Dethomas, Macizo y D'Espagnak, vacilante en una simpática duda entre el realismo interno y los externos simbolismos...



“Infancia y flores”, techo decorativo de Luis Gustavo Jaulmes

Y luego Flandrin, Mary, Dufrenoy, Geo Weiss, Lebasque, Varroquier, Friesz, Elena Dufau y madama Marval—la idealmente material, según André Salmon—, Manguin, Loiseau y Steinlen.

Todos ellos tan interesantes, tan dignos de más detenida atención de la que yo puedo concederles ahora y tan compensadores de los otros que se desfrenaron demasiado ó—lo que es

peor—de los que todavía están muy dentro de los salones académicos y de las «invitaciones al Elíseo».

José FRANCÉS



“Eros y Psiquis”, cuadro de Elena Dufau

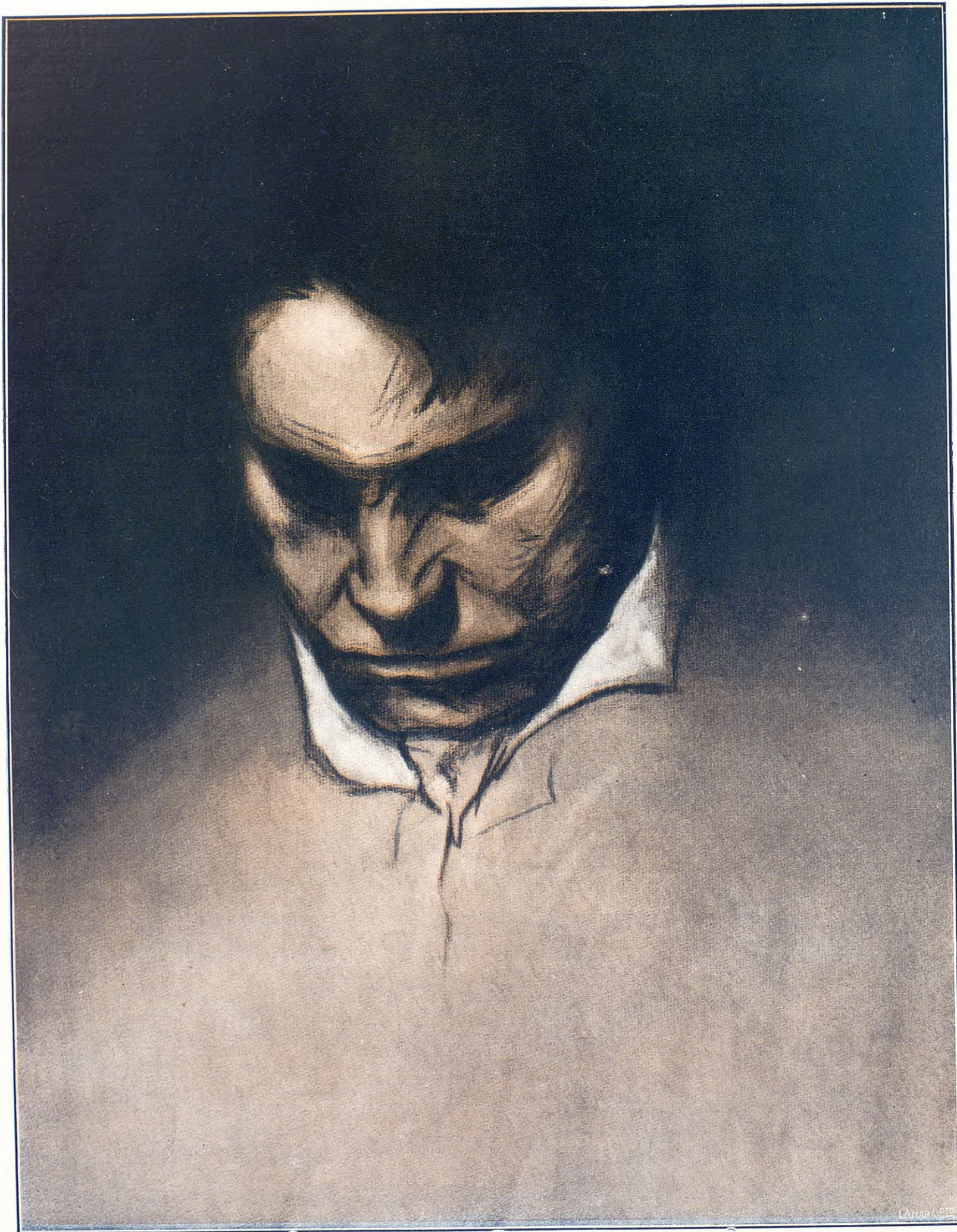


“Vaso de flores”, cuadro de Odilon Redon



“La mañana”, cuadro de Bonnard

BEETHOVEN



La copia a iconografía beethoveniana viene a enriquecerse con un documento más de indudable valor artístico. Y es el presente dibujo de Ochoa, cordial tributo de admiración de un maestro del color al más grande de los magos del sonido transformado en Arte. Evidentemente inspirado en las dos mascarillas del glorioso músico, realizadas una en vida de Beethoven por Franz Klein, y otra, la más conocida, por

Danhauser, a poco de extinguirse para siempre aquella luminosa inteligencia engendradora de la *Novena sinfonía*, el lápiz de Ochoa ha sabido traducir, en asombrosa indagación psíquica, el alma compleja, atormentada y generosa del gigante de Bonn, cuando una vida de amarguras había puesto sobre la noble frente que besara en éxtasis la *Inmortal Bienamada* el indeleble sello del sufrimiento infinito...

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



RINCÓN DE UN PUEBLO ANDALUZ, cuadro de Paul Sollmann

BELLAS ARTES ■ UN PAISAJISTA ALEMÁN



"Dos paisajes de aldeas españolas", cuadros de Paul Sollmann

La firma de Paul Sollmann es bien conocida de los lectores de LA ESFERA. Desde los comienzos de esta publicación figura al pie de unas fotografías de tal modo artísticas y con tal experto buen gusto compuestas, que no reproducción del natural parecen, sino de cuadros de un habilísimo paisajista.

Paul Sollmann ha libertado a la fotografía de sus trabas tradicionales y mecánicas, la ha ennoblecido, depurado hasta el punto de transmitirla algo del propio temperamento del artista. Practica por fortuna en sus obras fotográficas lo que estas palabras del pintor Federico Walker definen de un modo claro y sencillo: «la composición no es más que el arte de conservar un efecto feliz sorprendido por casualidad». De estos «efectos felices» abundan mucho en la larga serie de fotografías donde Paul Sollmann va historiando el alma española a través de sus paisajes. Andalucía, Castilla, Extremadura, Asturias, han ido pasando ante el objetivo de Sollmann.

Este acto mecánico de fijar en una placa el sitio elegido, significa la segunda intervención del artista. La primera es la elección del lugar y de la hora; la tercera es la transformación en el clisé y en la prueba de la fotografía en una



PAUL SOLLMANN

obra de arte que parece participar de las cualidades de una aguada o de un grabado.

En un prólogo escrito para una colección de fotografías de Alfredo Sieglitz, dice Mauricio Maeterlinck:

«Hacia bastantes años que el sol nos había revelado que podía reproducir los rasgos de los seres y las formas de las cosas mucho más pronto y más exactamente que nuestros lápices o nuestros pinceles. Pero parecía obrar solamente por su cuenta y para su propia satisfacción. El hombre debía limitarse a comprobar y a fijar el trabajo impersonal e indiferente de la luz. Aún no le era permitido mezclar también su pensamiento. Pero hoy día parece que al fin encontró el pensamiento humano la cisura por la cual va a penetrar en la fuerza anónima, a envolverla, a invadirla y animarla para obligarla a decir cosas que todavía no se han dicho en el reino del claro-oscuro, de la gracia, de la belleza y de la verdad.»

Y en el número de estos artistas dignificadores de la fotografía, Paul Sollmann ocupa uno de los primeros puestos.

Primero en una exposición celebrada el año 1915 en el Centro Alemán, en compañía de otros tres artistas compatriotas suyos; luego en la Nacional del mismo año, y por último en su exposición particular del Ateneo, en Diciembre de 1916, Paul Sollmann ha ofrecido una serie de paisajes interesantísimos.

Los más importantes de todos han sido los últimos. Si algo podía reprocharse antes a su pintura, era de fría, de pálida, de demasiado ensordecida por las brumas germánicas, sobre

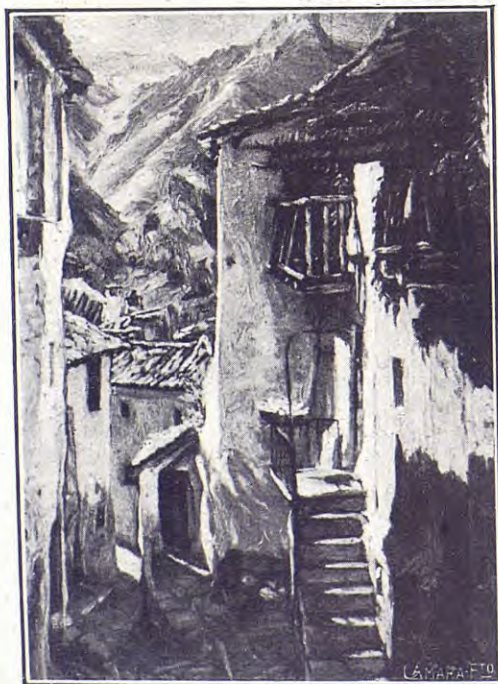
todo cuando el pintor reproducía ambientes y paisajes del Sur de España o de Marruecos.

Rápidamente, al cabo de dos años de residir en Granada y de hacer excursiones por diversas comarcas españolas, la paleta de Paul Sollmann se ha hecho más cálida, más expresiva, más animada de una fuerte vitalidad.

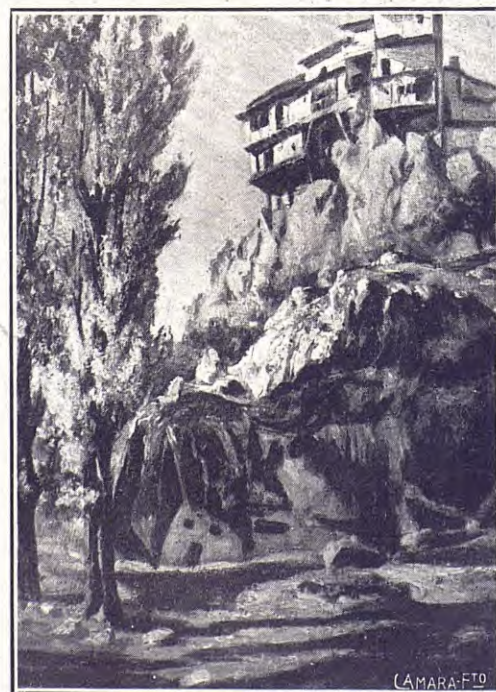
Sus últimos cuadros están ejecutados con vigor y con rotunda fiereza. Esa brava agresividad de los pueblos granadinos, agazapados o trepadores en la Sierra Nevada; el pintoresco espectáculo de Cuenca, la maravillosa; las ásperas, austeras soledades de Castilla quedan plasmadas en estos lienzos del notable pintor alemán de un modo personalísimo y atrayente.

Pero no se crea por esto, que abandona el artista aquellas otras notas dulces, vagas, sentimentales, conseguidas con finas veladuras y transparencias sutiles. Tal vez sean éstas las que mejor reflejan su temperamento y acusan la sensibilidad refinada del pintor. Es en los cuadros de tonalidades frías, de suaves cromatismos, donde el espíritu de Paul Sollmann se complace y deleita, y donde el color y la línea tienen la emocionada ternura de una oración...

SILVIO LAGO



"Paisaje de Cuéllar", por Sollmann



"Paisaje de Cuenca", por Sollmann

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Pórtico y fachada de la iglesia de Santiago, de Carrión de los Condes, construída en la segunda mitad del siglo XI. Este antiguo templo pertenece, por su estructura y ornamentación, al más puro gusto románico, siendo también notabilísimas las tradiciones helénicas esculpidas en el friso de su frontis

FOT. LUIS R. ALONSO

Modas de Floralia

Avanzadas de la moda

CONFORME nos acercamos al verano, vuelven á hacer su aparición los grandes sombreros, que tienen muchas entusiastas adeptas. Nada hay, en efecto, tan favorecido como un gran sombrero sirviendo de marco á una linda cabeza, envolviéndola en una discreta sombra, especialmente si esa cabecita pertenece á una fiel cliente de la Casa FLORALIA; pues con el cutis idealizado con los productos «FLORES DEL CAMPO», coronada por un gran sombrero parecerá, seguramente, si es rubia, una gentil damita de las que inmortalizó Watteau, y si morena, *La del guante amarillo*, de Zuloaga.

Estos seis modelos reunidos encierran una idea general de la moda. Seguramente os gustará el modelo que os he dibujado en lo alto de la página: es de crespón de China azul marino; sobre el turbante lleva un gran motivo hecho con perlas azules y de coral rosa, de un efecto muy acertado.

El que le sigue, de tussor color «arena», lleva alrededor del



Sudoral

Oxenthol



casco terciopelo marrón, y del mismo terciopelo es el lazo colocado al borde, sobre la abertura que tiene el ala.

Muy estival es el tercero, por estar combinado con paja de Italia. Por encima, el ala y parte de la copa están forradas con piel de seda azul pastel, sobre cuyo fondo se destacan unas rosas aplastadas, en tonos salmón, rosa y rojo, completamente ajados. La boina que está á su lado es de grueso «paillason» verde malaquita, adornada todo alrededor con unos pompones de seda y cinta del mismo tono, que después de anudarse cae detrás.

De paja «liseré» gris aluminio es el modelo que ocupa el quinto lugar. Audazmente remangado, no lleva más adorno que una guirnalda de rositas oro viejo, terminada á un lado por una corda de cinta azul añil.

Y, por último, ahí tenéis ese clásico sombrero negro, cuyo borde de chantilly está cubierto con briznas de «Crosse».

MAR DE MUN



Flora del Campo

• Jabon • • Colonia • • Extracto •